

EN ESTE NÚMERO SE INCLUYE:

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

- 1.01. Calendario programado para marzo-abril de 2011
- 1.02. Las Mañanas del Domingo con Mochila
- 1.03. La *EEMA*, por Diego López
- 1.04. La *EEMA* comienza con los Juegos Escolares
- 1.05. Nos vamos..., a correr al Parque
- 1.06. Comité de esquí de fondo: la importancia del material
- 1.07. Archivo de imágenes de *Montañeros de Aragón*

II. NOTICIAS DEL CLUB

- 2.01. Notas socioculturales
- 2.02. Cyber-agenda montaraz
- 2.03. Conferencia: *El oso pardo y los montañeros*
- 2.04. Noticias sobre Manu Córdova
- 2.05. In memoriam: Carlos Albasini Martínez
- 2.06. Sobre Carlos Albasini Martínez
- 2.07. Otras condolencias desde el Club
- 2.08. Anexo del DB14: *El Legado de Montañeros de Aragón III*

III. SECCIONES CULTURALES

- 3.01. Invernal al pico de Tendenera
- 3.02. Nuestros autores y sus libros: *Tarazona y el Moncayo*
- 3.03. Un texto para el cierre: *Moncayo invernal*

I. ACTIVIDADES DE COMITÉS

1.01. Calendario programado para marzo-abril de 2011

- 6 de marzo: Sarsamarcuello-Riglos (Senderismo)
5-6 de marzo: Curso de esquí de fondo en Le Somport (Esquí de Fondo)
8 de marzo: Conferencia en la Sede Social (El oso pardo y los montañeros)
11-13 de marzo: Plateau de Beille (Esquí de Fondo)
13 de marzo: El Portalet (Raquetas)
19 de marzo: Marcha nórdica
20 de marzo: GR-1 Castejón de Sobrarbe-Paules de Sarsa (Senderismo)
27 de marzo: Peña Modorra, nacimiento del río Huerva (Montañismo)
- 3 de abril: Albarracín-Miradores del Ródano (Senderismo)
10 de abril: Bielsa-Tella (Senderismo)
16 de abril: Marcha nórdica
17 de abril: VIII Trofeo Jerónimo Lerín (Senderismo)

1.02. Las Mañanas del Domingo con Mochila

iiAl fin me decido a escribir algo para el Boletín!!

Mi poca habilidad para escribir y como narrador me retenían en el intento, pero creo que ya es hora que nos hagamos un poco visibles.

1ª Parte: el ¿cómo?, el ¿por qué? y su continuación

Las *Mañanas del Domingo con Mochila* se iniciaron en el mes de abril del 2002 como la propuesta de una nueva actividad al entonces presidente del club, Franco Pelayo, quien la acogió con gran interés. El nombre de la actividad no estaba previsto y lo decidimos sobre la marcha en esa misma reunión.

Esta propuesta fue presentada al ver a socios veteranos que quedaban un poco desplazados al no poder seguir el ritmo de los más jóvenes y aunque mantenían el cariño al Club, no tenían ninguna actividad continua programada para ellos. Si a esto sumábamos que se había perdido toda actividad de promoción con chavales, ya teníamos una base para asegurar una mínima participación, que era la principal duda.

En aquellos años, el principal apoyo además del Presidente fueron Clarisa y Juanjo que se volcaron en conseguir participantes "dando la vara" a todos los que pasaban por el Club y buscando gente de fuera, así como participando ellos mismos en casi todas las salidas y ayudando en su desarrollo.

Desde aquel lejano 2002, se ha mantenido la actividad siempre y con las mismas premisas:

- 1.- Sólo la mañana del domingo
- 2.- Es una actividad física, aunque procuramos enseñar sobre todo lo que encontramos (y conocemos) incluida alguna *mentirijilla* para no dar mala imagen.
- 3.- La actividad comienza a las 09:00 h, generalmente con salida del Paraninfo y regreso a las 13:30 h al mismo punto y normalmente con autobús contratado. Dependiendo del recorrido, hacemos alguna excepción como salir desde algún punto accesible con bus urbano o usar este para el regreso.
- 4.- Siempre se camina entre 3 y 4 h.
- 5.- Siempre paramos entre 20 y 30 min para almorzar (la bota de vino es un accesorio muy apreciado). Esta parada sirve para fomentar la convivencia y relación entre los participantes, así como para aconsejar a los nuevos sobre todo aquellos aspectos que hay que tener en cuenta a la hora de salir de excursión.
- 6.- Siempre se facilita a los participantes un mapa de la zona con el recorrido e información sobre historia, fauna, etc.
- 7.- Se realiza un domingo al mes desde septiembre a junio ambos inclusive.

Algún año no se sale en los meses que se realiza la Marcha Jerónimo Lerín o La Marcha de Goya, pues se aprovechan ambas como un paso más en la formación de los participantes que piensan continuar en niveles superiores.

Hasta la fecha, de las ochenta y nueve salidas programadas solo se han suspendido cuatro de ellas, una por nieve en la carretera, otra por fuerte lluvia y dos por falta de participantes.

Debido a la limitación de tiempo, los recorridos son por los alrededores de Zaragoza, aunque llegamos hasta Castejón de Valdejasa, Leciñena, Villafranca de Ebro, Fuentes de Ebro, La Puebla de Albortón, María de Huerva, Grisén, Rueda de Jalón y Remolinos.

Desde que dejaron de participar Clarisa y Juanjo hace dos años, hay que destacar la colaboración de Victoria Árbex como responsable y en la preparación de recorridos.

2ª Parte: datos estadísticos.

Salidas programadas: 89

No realizadas: 4

PARTICIPACION:

Mujeres: 1032

Hombres: 432

Infantiles: 43

Socios: 232

No socios: 1129

Total de participantes: 4156

Media de participación: 46,6 Personas por salida

Media de ocupación en autobús de 55 plazas: 87%

Poco a poco se ha ido consolidando la actividad y en estos momentos podemos decir que tenemos una participación fija de entre 30 y 45 personas, de las cuales el 25% son fijos, un 50% son repetidores discontinuos y otro 25% son nuevos en cada salida.

Hay que destacar que esta actividad se ha consolidado entre los socios y hay una participación de entre 15 y 20 socios en cada salida, también hay que destacar que la participación de mujeres últimamente, dobla la de hombres. Sin embargo la participación de infantiles es muy reducida.

Con mi agradecimiento a todos aquellos que han participado o siguen en ello y que mantienen mi ilusión por continuar esta actividad.

Miguel Ángel Gil

1.03. La EEMA, por Diego López

...Pues está bien, esto de escalar me gusta pues es un deporte muy bonito en el que, pues ejercitas los músculos y te mantienes sano y eso... Es mi deporte favorito.

Está bien como lo organizan aquí, de ir los martes una hora a Montañeros de Aragón Gran Vía y los jueves dos horas al Pepe Garcés porque, como son diferentes, pues así cambias y ejercitas los dos factores.



En Montañeros de Gran Vía hacemos escalada de lado a lado del rocódromo pasando por vías, que, supongo, la mayoría conocemos, aunque poco a poco, pues subiendo de nivel cambiamos y hacemos vías más difíciles, como es lógico.

En el Rocódromo Pepe Garcés, cogemos los arneses, los cascos, las cuerdas y todo y nos sujetamos bien fuerte y empezamos. Se parte el grupo en grupos de dos que se organizan de la siguiente forma: uno sujeta al que escala y el otro es sujetado por el que sujeta y obviamente escala.

Diego López

1.04. La EEMA comienza con los Juegos Escolares

La nueva temporada empezó en septiembre y como dice Diego, asiduo escalador de la EEMA, seguimos juntándonos martes y jueves para entrenar tanto las capacidades físicas y las habilidades motrices como la capacidad técnica y táctica para afrontar el deporte de la escalada con la máxima seguridad.

Ya hemos hecho nuestra primera salida a Morata de Jalón (Macizo del Ali) donde alguno encadenó hasta 6a a vista. Menudo potencial que tienen los jabatos y las jabatas, que este año hay cuatro jóvenes escaladoras (Cristina, Queca, Liena y Sonia).

El pasado domingo doce de diciembre comenzó el circuito de los Juegos escolares (JJEE) de escalada deportiva de Aragón. Allí se acercaron Jorge López, Jorge Escalona, Salvador Andrés, Cristina Lafuente, Jesús Joven, Jorge Sánchez y Rebeca Joven consiguiendo dos excelentes segundos puestos en las categorías Infantil y Benjamín. La Competición se celebró en el IES Pablo Serrano en el que en una primera ronda resolvían cinco bloques y en la ronda final debían solucionar otros cinco.

Las sensaciones fueron estupendas y se notaba en los chicos el conocimiento adquirido durante todo este tiempo de entrenamiento. Daba gusto ver como se relacionaban y cooperaban para solucionar unos problemas que les tuvieron entretenidos más de dos horas.

Para todo aquel que quiera seguir los *ires y venires* de la EEMA y de sus chicos podrá hacerlo en el Blog de la EEMA en la siguiente dirección:

<http://eema09.blogspot.com>

Juan Corcuera

1.05. Nos vamos..., a correr al Parque

Hola, majetes...

Nos vamos a..., correr los miércoles, a las 19:00 h, al Parque Grande/ José Antonio Labordeta. Quedamos en la Estación del Tren, si llegas demasiado pronto (o tarde), ve calentando. El entreno se basa de estiramientos y trotes.

También en llevar ropa cómoda y transpirable, así como unas deportivas cómodas. Aunque, siempre, lo importante es pasarlo bien y disfrutar.

Para esta actividad que el Club os ofrece, es importante confirmar asistencia para poder esperaros en la Estación, pues el horario es muy flexible. Poneos en contacto con nosotros a través de Secretaría...

Un saludo...

José Luis Aragonés

1.06. Comité de esquí de fondo: la importancia del material

En el esquí de fondo, y sobre todo en la modalidad de patinador, el material que empleamos: esquís, bastones y botas, si están bien elegidos, nos ayudarán en nuestros primeros y duros momentos de aprendizaje, a hacer los ejercicios mucho mejor que cuando llevamos ese material que nos han dado en el alquiler y que no responde a las necesidades que se van a ir planteando cuando empezamos a practicar esos primeros pasos, que además de complicados y aéreos tenemos que hacerlos bien, para que el monitor se olvide de nosotros, y que no sabemos y nos preguntamos, qué está fallando.

Está fallando el material. Con el material a nuestra medida, las cosas parecen y son más fáciles. Lo he podido comprobar estos días de poca nieve, cuando la tierra, piedra, ramas, arbustos aparecían en la pista de esquí, cuando se terminaba la huella marcada, y terminabas en las calvas de nieve.

Por no querer estropear los esquís medio decentes que tengo, llevé unos viejos de escamas, con unas botas de esquí que no acompañaban nada, el resultado fue que me costaba mucho hacer las cosas bien, que las escamas no me dejaban deslizar. Observaba que con los esquís medio decentes las cosas me salían mejor y empecé a pensar en lo que pasaba en los cursillos, a los cursillistas, que con su mejor interés intentan hacer los ejercicios pero los esquís no responden.

La explicación se debe a ese material que llevamos para esquiar, la mayoría de las veces, no es el más apropiado para progresar en los pasos que tenemos que ensayar y el que nos salgan bien nos obliga a darle importancia al material y olvidar que cualquier par de esquís, bastones y botas nos valen.

José Luis Molina

1.07. Archivo de imágenes de Montañeros de Aragón

Nuestro bibliotecario, Ricardo Arantegui, está inmerso de pleno en una campaña de recogida de imágenes para ampliar el Archivo de Montañeros de Aragón. Así, está clasificando las que ya tenemos, además de realizar diversos llamamientos a nuestros socios para que las engrosen con nuevas aportaciones.

Así, quienes deseen poner su granito de arena, pueden traer sus imágenes a papel, siempre que estén debidamente indicados el lugar donde se

tomó, así como la fecha y quienes salen en la misma. Es importante este particular, pues el valor de una imagen indocumentada es más bien escaso.

Sobre todo, se solicita aportaciones en actos y salidas colectivas de nuestro Club. Además, se pueden añadir imágenes de actividades particulares, siempre que aparezcan socios de esta casa. A poder ser, imágenes de cierta calidad y en parajes de relieve... Y, desde luego, cuanto más antiguas sean, mucho mejor.

II. NOTICIAS DEL CLUB

2.01. Notas socioculturales

El pasado 18 de enero, tuvo lugar en Ibercaja Zentrum la presentación del número 369 de la revista Aragón, del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón*. En esta ocasión, el acto estuvo revestido de una importante participación de amigos de nuestra Casa: de Fernando Lozano y Alberto Martínez Embid, socios nuestros, y del catedrático de la Universidad de Barcelona y antiguo socio, Agustín Hernando. Así, durante el acto (y dentro de la revista, claro), la parte montañera resultó determinante a raíz de sus respectivas exposiciones sobre: "Excursión a Benasque", "El pico de Perdiguero" y "El viaje por Aragón de Labaña". Quienes deseen hojear la revista en formato, pueden hacerlo desde: www.siparagon.com.

Nuestro activo Jesús Vallés, se pasó por la Asociación Cultural Albada (Fray Julián Garás, Zaragoza), el 28 de enero, para impartir y moderar la conferencia sobre si "¿Se extingue el oso pardo del Pirineo?". Le acompañó Rosa Burgos, de *Pirineos Wilderness*. Un tema siempre actual, repasado desde una perspectiva moderada y razonable...

El 1 de febrero, nuestro consocio Eduardo Martínez de Pisón, participó en una tertulia de la *Sociedad Geográfica Española* (Sala Las Lanzas, calle Velázquez 62, Madrid). Estuvo acompañado por Sebastián Álvaro y Gustavo Cuervo. ¿El tema?: "Tibet, tocando el cielo"...

Y seguimos con el profesor de Geografía... El 24 de febrero, le tocó el turno al *Campus Álava*: en el Aula Magna de la *Facultad de Letras* de Vitoria, pudo impartir una conferencia sobre "La protección de la montaña", organizada desde el *Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología*, dentro de su ciclo "Montañas: naturaleza, cultura y gestión".

En cuanto al 9 de febrero, José María Barceló presentó, en compañía de Carmen Serna, dos libros de poesías: *Cuando el bosque oscuro cayó ante mí*, y *Museo de soledades*. Fue a las 19:30 h y en la *Biblioteca de Aragón*. El acto, organizado por la *Asociación Aragonesa de Amigos del Libro*, tuvo como presentador a José Luis de Arce, y en él recitaron poemas Luis Trébol y Amalia Soro. ¡Enhorabuena, José María!

Con Eduardo Martínez de Pisón en el tema cultural, nos sucede lo mismo que con Carlos Pauner en el tema himaláyico: resulta difícil estar al tanto de sus apretadas agendas... Gracias al AVE, no cuesta demasiado tiempo acercarse hasta Madrid: si alguien cae por la *Capital del Reino* el día 2 de

marzo, hará bien en asistir a cierto acto de Eduardo... Con el título de "El general Bruce, el monte Everest y la Residencia de Estudiantes", impartirá una conferencia a las 19:30 h, en la Residencia de Estudiantes (91 563 64 11; visitas@residencia.csic.es). De paso, pueden ver la exposición que allí se va a mantener hasta el 24 de abril sobre "Viajeros por el conocimiento".

Una buena noticia: Ignacio Ferrando ha sido invitado a dar la conferencia inaugural del *International Panoramic Photography Festival* en Palmela, Portugal. Para expresar el tema, acudid a:

<http://www.palmela2011.com/conference/speakers/ignacio-ferrando-margeli-capturing-the-impossible-panorama>

Finalmente, hemos de dar la enhorabuena al director de la Escuela de Escalada de Montañeros de Aragón, Juan Corcuera, quien acaba de ingresar en los blogs de *desnivel.com*. Con esta nueva reincorporación, son tres los socios de esta Casa que allí participan... ¡Pasad para dejarle un *Comentario* de bienvenida a Juan, caramba!

2.02. Cyber-agenda montaraz

Es una gran suerte tener entre nosotros a Isabel Ezquerro, quien se preocupa por hacernos llegar los enlaces más interesantes que descubre en la Red... En primer lugar, el correspondiente a una entrevista en *Desnivel* a Manu Córdova:

<http://desnivel.com/escalada-hielo/manu-cordova-me-siento-fuerte-para-las-compes-de-hielo>

El segundo enlace que nos sirve Isabel, tampoco tiene desperdicio: "Os hago partícipes de esta noticia, que me parece curiosa. Los Monitores de Montaña y Alta Montaña de nuestro Club, Ana Revilla y Rubén Gimeno, este fin de semana pasado han realizado una excursión con Edurne Pasabán. Parece ser que le tocó en un sorteo de Movistar a Ana Revilla, y además como regalo de su cumpleaños. ¡Esto no ocurre todos los días! Envío fotos de Rubén Gimeno para colgar en la Galería de Fotografía. También un enlace donde se explica el evento para trasladar información al Boletín Digital"...

<http://blogs.elcorreo.com/basabide/2011/1/17/excursion-el-anboto-con-edurne-pasaba>

Finalmente, cómo acceder al trailer de cierta película de temática montañera (*127 Hours*) que sin duda interesará a más de uno:

<http://peliculavision.blogspot.com>

<http://trailerdepelicula.blogspot.com>

En cuanto a la reseña sobre ese camino peatonal de 104 km que proyecta la *Confederación Hidrográfica del Ebro* para conectar el *Parque Natural de la Sierra de Guara* con el *Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido*, se puede consultar en esta dirección:

<http://desnivel.com/excursionismo/un-camino-peatonal-de-104-kilometros-unira-la-sierra-de-guara-y-ordesa>

Quienes estén interesados en la *Gestión del riesgo en montaña y actividades al aire libre*, a partir del célebre libro de Alberto Ayora, sólo tiene que pinchar este enlace:

<http://desnivel.com/cultura/alberto-ayora-la-mayor-parte-de-los-accidentes-son-evitables>

Desde La Rioja, el amigo Hugo nos pasa este contacto de interés para nuestro gremio: "No sé si serás GPS-ero, pero por si acaso te informo de que acaba de salir nueva versión del Topopirineos, la 3.0, para Garmin. Está genial"...

<http://topopirineos.blogspot.com/2010/01/descargas.html>

Asimismo de la región riojana, nos llega la sugerencia de un *russelliano* como Fernando, quien nos recomienda este enlace imprescindible:

<http://www.amis-du-livre-pyreneen.fr/index.php?content=view&id=85&Itemid=109>

2.03. Conferencia: *El oso pardo y los montañeros*

El próximo 8 de marzo, está previsto que nuestro consocio Jesús Vallés imparta una conferencia-proyección sobre "El oso pardo y los montañeros". Tendrá lugar a las 19:30 h, en nuestra Sede de Gran Vía 11. Este montañero y naturalista, nos ha pasado un pequeño guión sobre el acto:

"¿Hay esperanza para el oso pardo de los Pirineos? Habría que indicar que, en la Cordillera Cantábrica, Asturias, León, Cantabria y Palencia, hay una saludable población en torno a los 200 ejemplares que conviven sin grandes problemas con el turismo, la agricultura y la ganadería, frente a la maltrecha y precaria del Pirineo: una docena de machos y un par de hembras, todos ellos reintroducidos, aislados y fragmentados, sin aceptación social y acosados por unos fanáticos y recalcitrantes *anti-oso*. En los últimos siete años, cuatro hembras murieron en *accidentes de caza, despeñadas y atropelladas*. Una cuestión ante la que los amantes del Pirineo, o sea, nosotros los montañeros, no podemos permanecer indiferentes. Tras la proyección y la ponencia, se abrirá un coloquio con intercambio de opiniones. Y un solo consejo, a modo de adelanto rápido: No introduces tu perro en el bosque si sospechas de la presencia de una osa con sus cachorros. En esa situación, sí que estarías en serio peligro de ser atacado".

Jesús Vallés

2.04. Noticias sobre Manu Córdoba

Como ya se ha dicho por aquí en varias ocasiones, resulta complicado seguir la trayectoria de nuestro Manu Córdoba. Cada mes, suele sorprender con algún reto nuevo... En este caso, hay que aludir a su participación en los Campeonatos del Mundo de Hielo, donde se ha quedado a un puesto de de la final. Para mayor información:

<http://www.barrabes.com/revista/noticias/2-6920/manu-cordova-se-queda-puesto.html>

Por lo demás, se sabe que Manu partirá hacia Pakistán el 15 de julio con el Equipo Español de Alpinismo. El K-7 sería su principal objetivo, para el que unirá esfuerzos hasta el 30 de agosto con el director del Equipo, Simón Elías, y sus compañeros Silvestre Barrientos, Alejandro Corpas, Martín Elías y Mikel Bonilla. Para saber más:

<http://desnivel.com/alpinismo/el-k7-principal-objetivo-del-equipo-espanol-de-alpinismop-eea-en-2011>

2.05. In memoriam: Carlos Albasini Martínez

El pasado 1 de febrero, falleció nuestro consocio Carlos Albasini Martínez a los 90 años de edad. Siempre ejerció de altoaragonés, pues había nacido en Huesca en 1920 en el seno de una familia originaria de los Alpes italianos, por lo que puede decirse que llevaba la montaña en la sangre. Sus primeros clubes fueron por tanto el Club Alpino Italiano y Peña Guara, pero una vez trasladado a Zaragoza por motivos de trabajo se afilió a Montañeros de Aragón, participando activamente en la vida social y colaborando en varias juntas directivas e incluso ostentando la presidencia del Club durante tres años, en los que marcó su impronta de defensor de la naturaleza promoviendo la campaña de defensa del Cañón de Añisclo. Montañero, amante de la naturaleza y la fotografía y defensor del campo y los regadíos de Aragón, a los que dedicó su extensa vida profesional, ya jubilado seguía leyendo y escribiendo sobre los temas que suscitaban su interés y no renunció a su paseo diario hasta que la enfermedad le sorprendió y le apartó de nuestro lado. Descanse en paz.

2.06. Sobre Carlos Albasini Martínez

Alberto Martínez, montañero y escritor incansable, me pide que escriba sobre mi padre. Su perseverancia me anima a plasmar en papel algunos recuerdos, cuya evocación nos permite a su familia llenar el vacío de su repentina partida.

Recuerdo su satisfacción el día que ascendió al pico de Oturia, excelente mirador sobre el Pirineo central que en sí mismo constituye una modesta hazaña montañera, pero que cuando vas para los ochenta puede considerarse una pequeña proeza. Después un accidente inoportuno, con rotura de cadera, le privaría del panorama de las cimas, aunque no pudo impedirle continuar disfrutando de la montaña, gracias a sus libros, sus mapas y su ilusión, que mantuvo viva hasta sus últimos días.

Lector impenitente y aficionado a la geografía, se dedicó a estudiar las montañas del mundo, llegando a tener un gran conocimiento de cordilleras como el Himalaya o el Karakorum en las que nunca había puesto el pie, gracias a las descripciones científicas y a los relatos de las expediciones que seguía con interés. Su gusto por los viajes y su meticulosa preparación de los

recorridos le permitía acompañar a sus hijos, siguiendo la ruta en un mapa, por diversos países del mundo, teniendo siempre a mano consejos, recomendaciones y detalles prácticos. Como nosotros teníamos la obligación de documentar cuanto veíamos, es posible que fuera él quien tuviera finalmente la información más precisa y completa de lo acontecido.

De su infancia y juventud no tengo, como es lógico, recuerdos, ni él era dado a contar batallitas. Fueron sus años de viajes a los Alpes, a la casa familiar bajo el Monte Rosa, de excursiones por las sierras oscenses, especialmente Guara, y esporádicamente al Pirineo, siguiendo los pasos de su padre, nacido italiano pero residente en Huesca. Se afilió a Peña Guara en 1935, llegando a ser el socio más antiguo cuando esta entidad celebró sus setenta y cinco años de historia, e igualmente estuvo afiliado al Club Alpino Italiano. Después llegó la guerra.

Su trabajo profesional como perito agrícola le llevó a trabajar en la colonización de Monegros, descubriendo su vocación por los riegos de Aragón de los que fue defensor acérrimo, sin perjuicio de su sensibilidad por la conservación de la naturaleza que, mucho tiempo después, le llevó a cuestionar el gran embalse de Lorenzo Pardo en el río Ésera, que hubiera anegado Campo y contribuido a despoblar la Ribagorza. Casado y con dos hijos fue destinado a Zaragoza, y entonces nací yo y después mis restantes hermanos, y entremedio ingresó mi padre en Montañeros de Aragón sin renunciar a su condición de altoaragonés, de la que siempre hizo gala, sin caer por eso en el provincianismo.

Comienzan mis recuerdos con los veranos en Biescas y las excursiones por las montañas cercanas y, en ocasiones, por las próximas del valle de Tena. También con los viajes en el Canfranco, a Riglos, a Lapeña, a Anzánigo, incluso a Orna o Caldearenas, con excursiones circulares o travesías aprovechando las distintas estaciones del ferrocarril. Supongo que algo de esto debió influir en el cariño que siempre tuvo mi padre por esta línea férrea, a la que dedicó artículos pero sobre todo muchas horas de estudio, recabando información sobre infraestructuras ferroviarias, sobre las soluciones adoptadas en los Alpes y las diversas alternativas presentadas en Aragón. Su último artículo, remitido al Diario del Alto Aragón, en el que clamaba una vez más por el restablecimiento de la línea internacional, no llegó a ver la luz.

En Montañeros hace nuevos amigos y conoce entre otros al entrañable Miguel Vidal, con quien comparte la afición a la fotografía y, llegado el momento, responsabilidades directivas. Fue vicepresidente en dos ocasiones y al fallecer Sánchez Rico asumió la presidencia, que ejercería durante tres años. Años que en parte coinciden con la campaña de defensa del Cañón de Añisclo, que movilizó a miles de ciudadanos y consiguió la ampliación del Parque Nacional de Ordesa, incorporando al mismo este espacio privilegiado. Falta, por qué no decirlo, el reconocimiento institucional a la labor de Montañeros de Aragón, pero lo importante es que se salvó Añisclo. Por otra parte, no fue esta la única iniciativa, y desde el Club se lanzaron propuestas para la protección de los glaciares, para la creación del Parque Nacional de Posets y Cotiella, y del

Parque Nacional de los Cañones de Guara, espacios que años más tarde han sido declarados protegidos por las Cortes de Aragón.

En la presidencia le sucedió Pepe Díaz, otro gran amigo con quien compartió la ilusión de organizar la primera expedición aragonesa al Himalaya, en la que, bajo la batuta de Pepe, participaron miembros de Montañeros de Aragón y de Peña Guara, alcanzando la cima del Baruntse y abriendo con ello la época fecunda de expediciones a las grandes cordilleras de Asia.

Pasaron los años, llegó la jubilación profesional, forzosa por edad, y vivió una etapa de dedicación plena a sus aficiones: la montaña, el ferrocarril y los riegos de Aragón, que nunca abandonaría. Después de las excursiones a pie llegaron las excursiones en coche, movido por un espíritu infatigable que le permitía disfrutar del momento. Con noventa años cumplidos aún recorría con singular brío las empinadas calles de Albarracín, o se admiraba con los paisajes del Sobrarbe en Olsón y Santa María de Buil, sus últimas salidas.

La muerte de su mujer, con la que compartió ocho hijos y toda una vida, ocurrida el 20 de diciembre de 2009, le marcó profundamente, aunque se sobrepuso con gran entereza. Pasó un año de ausencia en el que continuó haciendo su vida con regularidad, cumplió noventa años gozando de buena salud, veraneó en Biescas y celebró la Navidad y el Año Nuevo. Después se sintió cansado y comenzó a preparar su último viaje. La mañana del 1 de febrero de 2011 se despidió definitivamente de nosotros.

Gonzalo Albasini Legaz

2.07. Otras condolencias desde el Club

En los últimos días, por la Secretaría del Club han ido llegando una serie de noticias luctuosas que nos apresuramos a hacer públicas. En este caso, de personas muy vinculadas a nuestra sociedad: la esposa de Fernando Martínez de Baños Carrillo, la viuda de Fernando Lizalde Urzay.

Asimismo, hemos de excusarnos por lo tarde que nos hemos enterado en Zaragoza del fallecimiento de Ana María Gálligo, viuda de nuestro presidente Eduardo Blanchard Castillo.

Desde aquí, nuestro más sincero pésame a sus familiares y amigos.

Además, es preciso realizar cierta ampliación de noticia que ha solicitado un socio... Atañe a la bibliografía de nuestro estimado Juan Daniel San Pío Martínez, fallecido el pasado 4 de noviembre de 2010. Pues bien, quienes deseen leer algún texto suyo, además de los presentes en la lista del BD18, pueden acudir al trabajo que firmara sobre "El quebrantahuesos" (pg. 248-253) del siguiente libro:

VARIOS AUTORES, *Montañeros de Aragón. 75 años de montañismo (1929-2004)*, Gobierno de Aragón, Caja Inmaculada y Prames, Zaragoza, 2004.

2.07. Anexo del BD14: *El Legado de Montañeros de Aragón III*

Tal y como anunciamos el pasado año, vamos a continuar con los textos del repaso histórico de nuestra Sociedad. No sin antes advertir que la presente selección no es sino un botón de muestra donde ha imperado cierta actitud *comodona* (tenerlos ya *picados* en Word por diversos motivos). Así, nadie debería sentirse ofendido ni echar en falta a ninguno de los protagonistas de la crónica de *Montañeros de Aragón*. En este caso, alusiva a "La época de grandes escaladas (1953-1960)".

La cantidad de textos de que disponemos desde las publicaciones *en papel* de nuestra Entidad es importante. De momento, habrá que contentarse con este discreto muestrario para consumo del cyber-espacio...

III. SECCIONES CULTURALES

3.01. Invernal a pico Tendenera

Actividad realizada por: Ángel Sonseca, Fernando Orús y Luis Alquézar.

15-01-2011. Después de las grandes nevadas de finales de Noviembre que adelantaron el inicio de la temporada invernal, llevamos muchas semanas sin que nieve prácticamente nada. Actualmente tenemos en nuestras montañas nieve a partir de los 1.500 m y por encima, las lluvias y rehielos ha compactado una capa de calidades costra y hielo poco propicios para el esquí de travesía.

Nos organizamos los tres amigos para hacer una ascensión de alpinismo con esquís al pico Tendenera/Tendeñera (2.847 m) por la ruta clásica del valle de la Ripera (Panticosa) y el collado de Tendeñera. Se trata de una larga ascensión que salva además un importante desnivel, 1.300 m aproximadamente.

Gracias al todoterreno de Ángel y sobretodo a que consiguió el permiso y la llave de la pista del valle de La Ripera, pudimos subir en coche hasta la segunda caseta del valle, conocida como "El Corral", situada en unos praderíos a unos 1.550 m con lo que nos quitamos unas tres horas de marcha.

A las 5.30 de la madrugada salíamos de Zaragoza y las 08:30 h comenzamos a andar siguiendo los 2 km restantes de pista, convertida en una plancha de hielo que requiere para dar un solo paso de crampones o esquís con cuchillas.

A la altura donde confluye el barranco de Tendeñera en el río Ripera, abandonamos la pista y enfilamos hacia el barranco de Tendeñera, defendido por murallas por las que se precipita el salto o cascada de Tendeñera. El barranco se alcanza por una faja inclinada abierta en las murallas de la derecha, ascendiendo en diagonal desde el río por las primeras pendientes del pico, hoy heladas y barridas por coladas de aludes.

Aquí es mejor y más seguro subir con crampones, porteando los esquís. En la parte final de esta diagonal se cruza la faja inclinada por unas cornisas en pendiente. Hay que pasar con cuidado porque un resbalón nos precipitaría por un cortado de un centenar de metros.



Entrados en el barranco descendemos hasta el río mismo. Entre tanto se cumple totalmente la previsión meteorológica. Los primeros rayos de sol de un día magnífico nos alcanzan pasado el refugio-caseta construido en un llano de este barranco, sobre los 1.900 m. En el refugio hemos descansado unos minutos y comido algo. Son las 10:30 h.

La ruta sigue ascendente por el barranco hasta muy cerca del collado de Tendeñera (2.340 m). Subimos turnándonos en la huella hasta alcanzar las lomas divisorias de la vertiente Ripera-Otal, por las que llegamos a las laderas de una antecima del pico, a 2.650 m.

Están heladas, son muy empinadas (40°/50°) y presentan unos tremendos costrones de hielo que refulgen a la luz del día. Decidimos dejar aquí los esquís y continuar con crampones. Son casi las 14:00 h. Bebemos agua y continuamos. Hasta la cima nos quedan unos 200 m de desnivel algo técnicos en unos 45 min. Mientras mis compañeros terminan de prepararse me adelanto para comprobar que las placas de hielo que recubren la pendiente se quiebran frecuentemente como un vidrio roto y demandan mucha atención. Subimos concentradamente.

Encima de esta pendiente se alcanza un plato o gran rellano, que enlaza con la pendiente terminal, a un centenar de metros bajo la cumbre. Luis, que estrena esquís y botas, ha decidido portear las tablas para bajar también esquinado estas pendientes finales.

La pendiente termina en una arista desde la que diviso perfectamente la ruta Sur a este pico, que en noviembre pasado hice con Jesús Vallés. Esta arista la subimos con el típico silencio que suele acompañar el último esfuerzo montañero de cumbre. Finalmente escalamos una aguja helada, aérea, delicada, desde la que solo nos separa de la cumbre misma del pico una arista horizontal de unos 30 m, cubierta hoy por erizados gendarmes de nieve inestable. Desde este punto damos un grito de ¡cima!, y emprendemos el descenso.

Esquinado encontramos nieves duras hasta el barranco y después nieves costra, difíciles de bajar. Cruzamos el río poco más abajo del refugio y desde allí remontamos con focas hasta la faja inclinada para salvar las murallas abismales que cierran el descenso directo por el barranco. Poco después alcanzamos la pista y llegamos al coche con las últimas luces del día. Hace un rato que la Luna creciente ilumina nuestra montaña.

Datos técnicos de nuestra ascensión:

Horario subida 6 h 15 min, descenso 3 h 45 min, total 10 h.

Ascensión en técnica invernal, F sup.

Nieve helada y estable. Pendientes hasta 40°/50°.

Piolet y crampones imprescindibles.

Nivel de esquí alto.

Ángel Sonseca, Fernando Orús y Luis Alquézar

3.02. Nuestros autores y sus libros: *Tarazona y el Moncayo*

Varios autores, *Red Natural de Aragón 7. Tarazona y el Moncayo*, Gobierno de Aragón y Prames, Zaragoza, 2006. 12 x 22 cm. 192 pg. 5 euros.

Recientemente, el Departamento de Medio Ambiente acaba de presentar la Guía de la Red Natural de Aragón número 33, correspondiente a las Cinco Villas. Con ella, quedaba cerrada esta iniciativa tan interesante que ha coordinado un viejo amigo de esta Casa: Eduardo Viñuales Cobos. Pero hoy no viajaremos hasta los soberbios paisajes de la llamada Alta Zaragoza... Más bien, seguiremos con el asedio literario en torno al Moncayo que habíamos anunciado en el BD18.

La obra que nos ocupa fue de las primeras de esta ambiciosa colección: salía a la calle hace cinco años y con el número 7. Como coordinadora de este trabajo en particular: Natalia Huerta. Y, como responsables de sus textos: Héctor Alonso, Raúl Ayala, Andrés Cabrerizo, Óscar Castán, Luisa Gómez, Ismael González, Fe Giménez, Antonio Martínez Andía, Andrés Omeñaca, Elena Orte, María Ángel Pintor, Enrique Pitarch, Marián Pulido, Miriam de Román, Miguel Ángel Santa Cecilia, además de los coordinadores de obra y de colección, Natalia Huerta y Eduardo Viñuales. A título personal, puedo dar fe de la calidad humana y profesional de algunos de los seleccionados, con quienes coincidí en un par de ocasiones: durante un recorrido por las viejas carboneras del Moncayo y durante una celebración en su Chalet de los Ingenieros...

Nos hallamos ante un libro denso, pues aborda cuantos aspectos se refieren al medio natural de esta singularísima montaña. Que es tanto como decir: una introducción general con situación, accesos, relieve, clima, paisaje, flora, fauna, gentes, pueblos, etcétera. Seguido, se aborda un análisis del Parque Natural, con sus LIC y ZEPA, su faceta como refugio de fauna silvestre, puntos de interés geológico o fluvial, humedales y árboles singulares. La parte práctica sirve ocho rutas a pie y BTT, de lo más escogidas. Y completan un sumario apretado los apartados sobre hombre y territorio, observación y estudio, o naturaleza en la memoria. Amén de reseñas muy ágiles sobre los lugares con encanto, paisajes con agua, montañas, curiosidades naturales, animales, plantas y mucho, muchísimo más. Mas no querría resultar asfixiante con el índice completo, sino animar a una exploración más personal de este libro "sin paja".

Los textos están redactados de una forma magnífica. Pero, mejor que verter mis opiniones, una pequeña muestra: "En la frontera con Castilla y Navarra, y con el Moncayo como protagonista, la comarca de Tarazona y el Moncayo se convierte en un referente visual, simbólico y, cómo no, medioambiental de un extenso territorio, más allá de los propios límites de la Comunidad Aragonesa. La importancia paisajística del macizo del Moncayo ya fue puesta en relieve en 1927, cuando se declaró el Sitio Natural de Interés Nacional de la Dehesa del Moncayo. Ése fue el temprano embrión del actual Parque Natural, que aglutina especies de ambientes mediterráneos y atlánticos (hayedos, quejigares, encinares, pinares, pionales, aceberas...) y una variada geomorfología en la que hay que destacar los circos glaciares y las muelas calcáreas. A la máxima altura del Sistema Ibérico hay que sumar un

Somontano drenado por los ríos Queiles y Huecha, principalmente, donde coexisten humedales y estepas, vegas y secanos, barrancos, mesas, cerros y terrazas, en lo que es un amplio muestrario de formas de relieve que avanza hacia el Ebro”.

No se puede cerrar esta reseña de *Tarazona y el Moncayo* sin aludir a sus imágenes. Tal y como nos tiene acostumbrados Prames, resultan magníficas... Una se da cuenta de ello en cuanto pasa la primera página y se da de narices con ese fantástico “Amanecer en el Moncayo” de Martínez Andía...

Querido Eduardo: nuestra enhorabuena por llevar a buen puerto la colección de 33 guías de la Red Natural de Aragón... En cuanto a los amantes de las montañas aragonesas en general y del Moncayo en particular: ¿a qué estáis esperando para incorporar este libro a vuestra biblioteca?

Marta Iturralde

3.03. Un texto para el cierre: *Moncayo invernal*

Nuestro buen Moncayo, ese Techo de la provincia de Zaragoza, también tiene su lado agreste... Quienes lo admiren tras alguna nevada fuerte, no dejarán de preguntarse sobre sus posibilidades deportivas más punteras. Porque el *Monte Cano* las brinda en invierno, y desde antiguo.

Durante el primer tercio del siglo XX, el Moncayo estival era una montaña muy de moda. Si se curioseaba entre la obra de José María Sanz, se constata una serie de actividades deportivas interesantes. Así, desde *El Moncayo* (1935), se citaba la visita de los *peñalaros* en 1917, la pernocta en la cima de Allué Salvador en 1920, o las treinta ascensiones de Longinos Navás hasta 1925. Tampoco olvidó Sanz la descollante actividad invernal de 1927: “El Moncayo es también muy a propósito para las excursiones hondamente emotivas. La revista Aragón publicó unas fotografías y pasos arriesgadísimos y emocionantes por las peñas del Cucharón. No había que ir a Suiza y a los Alpes para ver cosas más típicas”. En efecto: el Moncayo dispuso de pasado invernal desde el 1 de enero de 1927...

Como *notaria* de la prehistoria del montañismo regional, siempre es preciso acudir a la revista *Aragón*, del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón*, nuestra *Sociedad Madre*... En lo referido a esta dura ascensión, realizada en pleno invierno, su reseña aparecería en las páginas 32 y 33 del artículo “A la cumbre del Moncayo”, en el número 17 de febrero de 1927. Lo firmaban Rafael Gastón, Antonio Tramullas y Gonzalo Lapetra. Sus tres protagonistas pertenecían a los activos Exploradores de Zaragoza, una entidad que tan buenos montañeros forjó en los años anteriores a la Guerra Civil. Por añadidura, dos de estos muchachos, que también estuvieron adscritos al *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón*, brillarían más tarde en diversas facetas de la vida cultural aragonesa... Rafael Gastón (Zaragoza, 1908-Zaragoza, 1963), miembro del *SIPA* desde 1929, todavía es recordado en su ciudad por su intensa actividad como abogado, lingüista y orador. Fue, asimismo, profesor de Lenguas Clásicas en la universidad de Zaragoza, donde

demostró gran interés por los temas de historia y de etnografía aragonesas. Por su parte, Antonio Tramullas (Barcelona, 1902-Jaca, 1985), socio del *SIPA* desde 1926, era hijo del gran pionero de la cinematografía del mismo nombre; igualmente trabajaría como fotógrafo, destacando por sus filmaciones por la comarca de Jaca, tanto de motivos etnológicos como paisajísticos. Su intenso trabajo en este campo, harían acreedor a Tramullas, ya en 1984, del Premio de San Jorge de la Diputación General de Aragón.

Como Gastón y Tramullas fueron, en cierto modo, *antecesores* nuestros, nada como transcribir aquí las porciones más *alpinas* de su aventura a partir de su pernocta en el Santuario:

"[...] Para lavarnos, nos dirigimos a la famosa fuente de San Gaudioso. Todo el camino estaba cubierto de nieve; pero, al llegar a la plazoleta en que dicha fuente se halla, nos hundimos hasta más arriba de la cintura; se formaba allí una pala de nieve acumulada por la ventisca, que se abría a nuestro paso. Intentamos descubrir el manantial apartando la nieve con los piolets, pero nuestra labor resultaba muy insuficiente y, como se hacía tarde, fue necesario abandonar la faena y marchar a lavarnos a otra fuente.

"Poco después, emprendimos la subida a la cumbre. El viento arreciaba de tal modo, que pronto se hizo necesario hacer uso del as de guía para mantenernos unidos los expedicionarios. Comenzamos el ascenso sin seguir camino alguno, ya que todos los senderos se hallaban cubiertos de hielo. Avanzábamos por la ladera correspondiente a la cumbre de la derecha, la más alta, en línea recta; pero la ventisca nos hizo renunciar a aquel derrotero. Cruzamos entonces por su parte más baja el barranco de San Miguel, y pasamos a la segunda cumbre, por la que continuamos la ascensión. Ésta era penosísima. El viento levantaba grandes remolinos de nieve como harina que nos envolvían y nos llevaban de un lado para otro. Sin embargo, pudimos continuar la ascensión. La nieve estaba en algunos lugares tan dura, tan dura, que no hacían mella los clavos de las botas; y difícilmente entraban los piolets. En cambio, en otros sitios, en los ventisqueros, nos hundíamos hasta cerca de la cintura.

"Próximos a la cima, un enorme ventisquero nos obligó a desviar nuestra marcha más hacia la izquierda, hacia la tercera cima, algo más baja que las otras, a la que pudimos llegar salvando todas las dificultades que la enorme ventisca ponía a nuestro paso. Entonces, comenzó la marcha por la arista que se extiende a lo largo del Moncayo.

"Esta parte fue la más penosa de todas. Allí era el viento terrible, de tal modo, que nos zarandeaba, llevándonos ora hacia el abrupto barranco de San Miguel, ya hacia la parte de Soria. Entonces, sentimos que nuestras fuerzas comenzaban a flaquear. Pero era necesario hacer un esfuerzo, pues faltaba poco para alcanzar la cumbre más alta. Mientras no se admitiese un peligro grave, continuaríamos la marcha. El suelo formaba caprichosos dibujos, que el aire había trazado en la nieve helada. Grandes masas de hielo en forma de puntas de flechas que el viento lamía, se extendían bajo nuestras plantas. Además, dificultaban la marcha los muchos helados en forma de puntiagudas estalagmitas de hasta medio metro de altura, que a veces se rompían al



pisarlas, haciendo que nuestros pies chocasen duramente con los núcleos que se hallaban junto a ellos.

“El viento traía fina nieve y trozos de hielo que herían nuestras rodillas hasta hacerlas sangrar. Las narices y los oídos se llenaban también de nieve. En las piernas, se había detenido gran cantidad de hielo en forma de granos del tamaño de guisantes. Pero a pesar de todos estos entorpecimientos, llegamos a la cumbre [...]”.

Así fue cómo nuestros entrañables *tatarabuelos* del *Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón*, pudieron completar la que acaso fuese primera invernal al Moncayo. Al menos, en su faceta deportiva...

Alberto Martínez Embid

EN ESTE ANEXO SE INCLUYE:

EL LEGADO DE MONTAÑEROS DE ARAGÓN III

III. LA ÉPOCA DE GRANDES ESCALADAS (1953-1960)

- 3.01. El Puro
- 3.02. Dos días sobre la nieve
- 3.03. La Torre de Marboré
- 3.04. *Primera* española a la cara Norte del Piton Carré
- 3.05. Primera escalada a la cara norte del pico del Águila de Rioseta
- 3.06. Espolón Este del Bazillac
- 3.07. Mallo Firé: primera cara Sur
- 3.08. Alberto Rabadá
- 3.09. Primera de la arista Este del Aspe..., o de los Murciélagos
- 3.10. Tozal del Mallo: vía de las Brujas o las brujas de la vía
- 3.11. El Firé y el Tornillo..., tras la cámara
- 3.12. Recuerdos

III. LA ÉPOCA DE GRANDES ESCALADAS (1953-1960)

3.01. El Puro

Anónimo

Archivo de Montañeros de Aragón, 1953

Es por todos conocida la situación de los *Mallos de Riglos*. En el extremo occidental de la sierra de Loarre, a cien kilómetros de Zaragoza, y dominando el simpático pueblecillo de Riglos, se desarrolla una larga serie de majestuosos monolitos; el más importante de todos es el *Mallo Pisón*, colocado encima mismo de la iglesia, que parece peligrar bajo su enorme mole.

Y, en un flanco del gigantesco *Pisón*, que con sus trescientos metros vertiginosos parece un poco rechoncho por la extremada regularidad de su mole, sale a modo de hijuela una esbelta aguja, de ciento setenta metros de altura, de los cuales ciento veinte están unidos al *Pisón*, y los cincuenta restantes se yerguen limpiamente en una verticalidad que parece inestable... Es el *Puro*, con cuya conquista han soñado muchos y buenos escaladores, tres de los cuales han rendido el valioso tributo de su vida al pie del *Pisón*: Mariano Coreo y Víctor Carilla que perecieron en la empresa, y Manuel Bescós que, después de haber conquistado en dura batalla la anhelada presa, fue vencido a su vez, otro día en el descenso del *Pisón*, al que había subido por la vía *normal*.

Pero dejemos las consideraciones a un lado, para entrar en una detallada descripción de características, fechas, datos, etc., utilizando en parte el material facilitado por Manuel Bescós después de su hazaña.

La roca que forma estos mallos es conglomerado rojizo, característico en Riglos y muy poco frecuente fuera de esta zona. Concretándonos al mallo que ahora se llama *Francisco Franco*, la composición es del tipo de *pudinga fragmentosa* con algún tramo de menos verticalidad de *pudinga pugilario*. El *pudinga* o conglomerado se caracteriza en general por su color rojizo, bastante abundante en presas y con muchas grietas para clavar, aunque a trozos está excesivamente descompuesto por la presencia de arcilla entre los fragmentos de roca, arcilla que los elementos atmosféricos van socavando. El tipo *anagenita* toma un color gris-pardo, tiene extraordinaria dureza por haber mayor abundancia de caliza, y son muy pocas las grietas que presenta para clavar. Su presa es muy pequeña, pero extraordinariamente segura.

El primer intento fue realizado el día 13 de julio de 1947, por una cordada del Frente de Juventudes de Huesca, formada por Cored, Martí, Esquiroz y Asín. Comenzaron el ataque por el extremo sudoeste, ganando unos treinta metros de altura, desde los cuales cayó el infortunado Mariano Cored. Fue recogido y trasladado rápidamente al pueblo de Riglos, en gravísimo estado, falleciendo poco después.

Este accidente frenó las actividades de los escaladores durante un par de años. En 1950, realiza tres intentos el Grupo de Escalada de Montañeros de Aragón, utilizando una grieta muy ancha que parte del mismo suelo en la pared oeste, cuya grieta continúa hasta el collado que separa el *Pisón* y el *Puro*. En el tercer intento, la cordada compuesta por Carilla, Serón y Millán alcanzó cincuenta y cinco metros, después de salvar lo que parecía ser la parte más difícil del comienzo: un fuerte extraplomo, muy descompuesto además. Pero, poco después, el primero de la cuerda, Víctor Carilla, se vino abajo con un gran trozo de conglomerado que se desprendió a su peso, partiendo la cuerda y ocasionando el segundo trágico suceso. Era el día 7 de abril de 1950.

La escalada del monolito, que ya se tenía conceptuada como muy difícil, creció en importancia a los ojos de los escaladores, que la consideraron como el máximo objetivo que podía alcanzarse.

En el año 1953, entra en acción un grupo de muchachos, encabezados por Manuel Bescós. Pertenecientes todos ellos al Grupo de Escalada de Montañeros de Aragón y a la Escuela de Montaña del Frente de Juventudes de Zaragoza, iniciaron una serie de tanteos en las dos vías abiertas por Cored y Carilla, así como un efectivo entrenamiento. En mayo de dicho año, se presenta en Riglos una cordada compuesta por Panyella, Ayats, Rosig y Salas, que consiguen llegar hasta el mismo collado, pero tienen que abandonar la empresa.

Un mes más tarde, llevan a cabo Bescós, Rabadá y López su primer intento; tras cincuenta y dos horas de esfuerzos continuos, tienen que abandonar también, a sólo quince metros del final, bajo los chubascos que les azotan desde la tarde del día anterior.

Y, por fin, la victoria. Comienza a las cinco de la tarde del día 12 de julio de 1953, la misma cordada que veinte días antes tuvo que abandonar. Salvan treinta metros de altura, iniciando el ataque por la vía Cored y pasando luego por una repisa horizontal a la grieta escogida por Carilla, que tienen que remontar un poco más. Dejan todo el material colocado, y dejan asimismo una pesada mochila con víveres y material. Un *rápel* los devuelve al suelo, marchando al pueblo de Riglos a dormir.

A las siete de la mañana del día 13, reanudan la lucha. Llevan otra mochila con agua, comida, sacos de dormir... Utilizando las clavijas colocadas la víspera en los puntos necesarios, suben rápidamente por una pared con pequeñas repisas superpuestas hasta alcanzar una cornisa relativamente amplia, que flanquean hacia la izquierda, hasta la grieta que han de recorrer en gran parte de su ascensión. Superan un fuerte extraplomo mediante dos clavijas, una escarpa y una pitonisa, y se encuentran a treinta metros, donde habían dejado la mochila el día anterior. Siempre por la grieta, donde las escarpas entran con facilidad y seguridad y salvando varios extraplomos, llegan a una amplia cueva, donde la cordada se detiene unos momentos para descansar y tomar un pequeño refrigerio.

Esta cueva es, en realidad, un gran ensanchamiento de la grieta que han venido siguiendo. Para superar el techo, casi horizontal, justifican el calificativo de escalada acrobática que se aplica a las ascensiones en Riglos. Comienzan con un paso de hombros para que el primero pueda alcanzar la posición de *ramonage L* y continúa horizontalmente, inmediato al techo de la cueva, sin casi grietas para clavar, alternando con la posición de *ramonage X*, según se presenta el citado techo, hasta salir al exterior y seguir subiendo por la grieta que llega hasta el mismo collado que separa el *Pisón* y el *Puro*. Están en la máxima altura alcanzada por la cordada de los catalanes dos meses antes, y como ya es noche cerrada preparan un *vivac* de circunstancias; llevan trece horas de dura escalada.

A la mañana siguiente, seleccionan el material que han de emplear, y dejan el resto en donde han pasado la noche. A las ocho de la mañana, comienzan la segunda parte por la pared interna, es decir, la que mira al *Pisón*, durante unos siete metros que están muy descompuestos, hasta colocarse debajo de una panza redondeada. El *Puro* se compone ahora de una serie ininterrumpida de *balmas* o panzas, de fuerte extraplomo la mayoría, con una pequeña repisa inclinada entre una y otra que, si bien permite un ligero descanso al primero de la cuerda, no admite al segundo para que le ayude. Todo el monolito está aplastado por la cara que mira al *Pisón* y por la opuesta, quedando dos aristas llenas de muescas y salientes.

La primera panza o saliente, se salva saliendo la cordada hacia la arista que mira al pueblo, que se ve a doscientos metros más abajo como un *Nacimiento* de juguete. Siempre por esta misma arista, alternan las panzas y los entrantes, sin que el conjunto pierda verticalidad. La presa es segura, y sin grietas; tienen que emplear estribos para colocar *pitonisas*, rellenando previamente los intersticios entre las piedras con tacos de madera. Las paredes presentan ahora escasísimas presas y además son casi nulas debido a

su extrema redondez. Tras varias *balmas*, viene un trozo completamente vertical, liso, que es superado con relativa facilidad y que termina debajo del gran techo final, máxima altura alcanzada en el intento anterior. Las clavijas que habían servido días antes para sostener las cuerdas mojadas en el primer *rápel* de la retirada, aseguran ahora a la cordada, que se ha reunido para el último ataque.

Asegurando el segundo, el primero de cuerda sube sobre la doblada espalda del último y va clavando conforme se desplaza hacia arriba en este enorme extraplomo, el mayor que han encontrado. No tarda en quedar solamente colgado de las diminutas *pitonisas* y sigue, centímetro a centímetro, sobre el vacío, mientras la roca va ganando verticalidad hasta que, por fin, llega a la última cornisa; después de asegurarse, ayuda a subir al segundo, que a la vez juntos atacan el trozo final que, aunque bastante descompuesto, en contraste con lo que acaban de pasar, no resulta tan difícil. Y, oscureciendo, llegan a la cima. Aseguran la subida del tercero y, después de dar fervientes gracias a Dios, preparan el *vivac*, que se presenta sumamente problemático, debido a que el espacio disponible es de unos tres metros cuadrados y sin mucha horizontalidad.

Teniendo ante los ojos, por un lado el oscuro paredón del Mallo Pisón, y por el otro el profundo abismo, pasan lentas las horas esperando el amanecer.

Con las primeras luces del alba, depositan el libro registro, bautizan el *Puro* y, seguidamente, preparan el descenso. Con una escarpa y un anillo de cuerda, lanzan el primer *rápel* de cincuenta metros, que les deja en el collado, donde recogen el resto del material. De allí, con otro *rápel* también de cincuenta metros, llegan a la gran cueva, y lanzan un nuevo *rápel*, éste de veinte metros, hasta una cornisa que hay que recorrer horizontalmente para, desde allí, con todas las cuerdas, lanzar el último *rápel* hasta el suelo, donde esperan a nuestros héroes sus compañeros y los vecinos del pueblo, que han seguido ansiosos la escalada.

Son las diez de la mañana del día 15. Desde las siete del día 13, que abandonaron el suelo firme, hasta este momento, son cincuenta y una horas las que han transcurrido; sumando las dos horas empleadas el día 12 por la tarde en preparar los treinta primeros metros, totalizan cincuenta y tres horas de escalada: el coste de una empresa que tres meses antes se hubiera tenido poco menos que imposible.

Los tres cansados escaladores, rodeados de la merecida admiración de vecinos y compañeros, se dirigen a dar gracias a la Virgen del Mallo por el favor que les ha dispensado. Y a la salida, en las mismas escaleras de la iglesia, se encuentran con los escaladores catalanes que vienen a conquistar el *Puro* creyéndolo intacto todavía, y que por los vecinos del pueblo se han enterado que ya está conseguida la primera escalada. Unos comentarios sobre la vía seguida, dificultades habidas, etcétera..., y nuestros escaladores se dirigen a tomar un bien ganado descanso, regresando por la tarde a Zaragoza.

En los dos días siguientes, Jorge Panyella y sus acompañantes efectúan la segunda ascensión. Se dio así la curiosa circunstancia de que el *Puro*,

considerado como inaccesible durante muchísimos años, se vio vencido dos veces en el transcurso de la misma semana.

3.02. Dos días sobre la nieve

Julián Vicente Villanueva

Boletín de Montañeros de Aragón, 40, noviembre-diciembre de 1956

Todos estamos de acuerdo en que la primera parte de una excursión, que es la preparación, tiene tanto sabor como la excursión misma y, en esta ocasión, todavía más por la cantidad de material que requiere una aventura en la montaña cuando ésta se encuentra engalanada de gruesa capa de nieve y, por añadidura, se quieren pasar las noches donde a uno le alcanzan, bajo techo de lona.

Corre el mes de diciembre de 1956 y, en vista de que esta temporada la nieve se ha puesto de nuestra parte, pues a fines de octubre ya se esquió en Candanchú y después cayeron en el sector Bisaurín-Aspe-Candanchú, copiosas nevadas..., pensamos llevar a efecto esta bonita excursión, que tenía como fin hacer el vivac sobre la blanca, blanda y mojada nieve, y para complemento, pensamos *hacer* el tan bonito y visitado pico de Aspe. En principio, pensamos la cosa Tricas, Díaz y el narrador y, al suspenderse la Marcha de Regularidad *Víctor Carilla* se nos unió nuestro buen amigo Montaner, con gran agrado por nuestra parte.

Así pues, los cuatro con animación y entusiasmo, anduvimos media semana con los preparativos, dispuestos a pasar mucho frío, pues en Zaragoza llevamos unos días de muy bajas temperaturas. Nos vemos en el *rápido* de Canfranc en unión de otros muchos esquiadores, que van a pasar los días 8 y 9 a Candanchú y Sallent. Después de un agradable viaje, llegamos a Canfranc, y allí nos tocó esperar el turno para subir en el taxi a Candanchú, donde pernoctamos.

Son las seis y media de la mañana, cuando silenciosamente nos escurrimos de nuestras literas y nos aprestamos a salir del hotel. La mañana es serena y de buena temperatura.

Una hora casi falta para amanecer, cuando, al pie de Pista Grande, nos calzamos los esquís y, pisando una nieve profunda, tomamos la dirección de la Rinconada, cruzando el río. La marcha es dura por las condiciones de la nieve y por el respetable peso que llevamos en nuestras mochilas, pues una acampada en invierno lo requiere, por lo que nos vamos turnando en el puesto de primero para no cansarnos demasiado, y así, entre chistes y risas, llegamos al pie del collado alto de Tortiellas.

Si hasta aquí la marcha ha sido *de hombres*, la subida a este collado con todo nuestro material, se hace francamente pesada. A mitad de la subida, la nieve profunda se convierte en planchas heladas, que hacen algo peligroso el ascenso; sobre todo, un paso horizontal que hay unos metros antes del primer jalón que indica el camino de verano, nos llevó un buen rato, pues hubo que



hacerlo con delicadeza porque de allí el salto es de unos veinte metros por el aire. Una vez pasado este mal trecho, continuamos un poco más todavía con los esquís puestos hasta llegar a un punto en el cual la ventisca ha tenido a bien el barrernos la nieve. Nos quitamos las tablas y, con ellas a cuestas, remontamos lo que nos resta hasta el collado; en cuanto el primer rayo de sol nos dio de lleno, echamos todo al suelo e hicimos un prolongado descanso, tumbados sobre una mancha de hierba, donde devoramos el deseado almuerzo, acariciados por el suave hálito solar y contemplando el inmenso panorama que desde allí se alcanza a ver: al norte, el Bosque de Hayas que, como prolongación del valle francés de Aspe, parece un hechizado paisaje de fantasmas, completamente cubierto de nieve; más al este, el poblado valle de Candanchú, con sus lujosas edificaciones y, más al fondo, la canal de Astún, con el maravilloso pico Midi d'Ossau, que se alza retador ante nosotros, como si estuviese enterado de que nuestros mayores deseos de pirineístas están centrados en él.

Una vez recuperados del esfuerzo realizado, nos calzamos nuevamente los esquís y continuamos nuestro camino, bordeando por encima del nacimiento del pequeño valle de Tortiellas hasta dar vista al de Rioseta Alto, al cual seguimos por su vertiente norte hasta llegar a la ladera sur de Tuca Blanca, donde, unánimemente, decidimos plantar nuestro campamento.

La nieve está muy dura allí, por lo que apenas sin pisarla, pusimos nuestra formidable tienda (bueno, eso de nuestra, es un decir) y, desde el momento en que estuvo erguida sobre sus blancos cimientos, se convirtió en la *vedette* de nuestro *reporter* oficial, Tricas, que no se cansaba de herir la sensible película de su máquina con el anaranjado color de nuestra casita. Ahora, una foto cogiendo el Aspe, esta otra será fenómeno con el Vignemale al fondo..., esta..., esta...

Por fin, a las once cuarenta y cinco horas, emprendimos de nuevo la marcha, que ahora sin carga es un verdadero placer, hacia el pico; el descenso desde nuestro campamento al valle de Rioseta Alto, fue lo mejor del día, pues la nieve estaba muy buena y se corría de lo lindo. Desde este punto hasta el collado norte del pico, la marcha fue lenta, pues el desnivel es muy fuerte, sobre todo, haciéndolo con esquís; al poco rato, Pepe Díaz abandona sus esquís, pensando que no le compensaba la promesa de un buen descenso con el esfuerzo de subir los tablones hasta arriba. Más tarde, Montaner hizo lo propio y sólo Tricas y yo nos martirizamos hasta el collado con los esquís sobre nuestros hombros.

Hicimos allí un breve descanso y, nuevamente, emprendimos la ascensión y, por fin, después de mucho golpear con nuestras punteras la helada superficie de la empinada pendiente final, llegamos a la cumbre a las tres y cuarto de la tarde. Nuestra estancia en la cima era maravillosa; la temperatura agradable y la caricia del sol nos mantuvo en letargo más de una hora. Cómodamente tumbados, vamos pasando lista a nuestro alrededor, señalando a cada uno de los picos que nos rodean: el Bisaurín, Anie, Midi, Balaitús, Frondellas, crestas del Diablo, Gran Facha, Infierno, Vignemale,



Argualas, etcétera, y a nuestras mentes van acudiendo en tropel todos los agradables recuerdos de nuestras correrías por sus cumbres.

Obligados por la hora en que estamos, comenzamos a descender antes que la nieve se hiele demasiado, pues ya hace buen rato que hay sombra en el sitio por donde hemos de hacer la bajada y, si a la inclinación de sus palas añadimos hielo, vamos a *hacer* muchas piernas hasta el campamento; nos encordamos y, en un abrir y cerrar de ojos, henos en el collado norte, después de haber disfrutado de un descenso rápido y juguetón; allí, nos ponemos Tricas y yo los esquís, mientras Pepe y Montaner ya están bajando a pie hasta los sitios en que los habían dejado.

La cosa está fea al principio, pues hay unas ondulaciones completamente heladas y profundas, producidas por la ventisca, que nos hacen bajar los primeros cincuenta metros en continuo *derrapage*; después de esto, miro hacia abajo y veo a Montaner sobre sus esquís, que inicia un suave viraje hacia la derecha; de pronto, pierde el equilibrio y comienza a resbalar de costado, y así anduvo más de cincuenta metros; parecía que se dejaba llevar, pero luego pude experimentar en mi propia persona que había sido un resbalón forzado y que pudo tener malas consecuencias. Después de unos cuantos metros de descenso a base de clavar con fuerza nuestros cantos, en uno de los giros perdí el equilibrio y empecé a resbalar vertiginosamente por el helero. Iba en posición de cabeza abajo, intentando volverme sin conseguirlo y, por fin, cuando iba a llegar a una gran piedra en forma de plataforma que se interponía en mi camino, conseguí ponerme en mejor posición, sin que por ello frenase mi marcha lo más mínimo.

Mi mente trabajaba con rapidez, pensando en la forma de saltar aquella enorme plataforma, pero tuve la suerte de que la nieve que rodeaba aquella mole rocosa, estaba más blanda que el resto por el calor acumulado durante el día, y quedé allí parado en el mismo borde.

Entre tanto, Tricas se había lanzado rápidamente a ponerse debajo de la piedra para intentar pararme en caso de que, al saltar aquella altura, que era unos cuatro o cinco metros, cayese de mala forma (cosa casi segura) y siguiese rodando hasta Rioseta; por fortuna, no fue necesaria su intervención y, después del consiguiente susto, seguimos esquiando con gran precaución, hasta alcanzar a nuestros compañeros un poco más abajo.

Cuando llegamos a nuestro *dormitorio*, eran más de las cinco de la tarde, y Tricas volvió a tirar unas cuantas fotografías con exposición, pues el atardecer daba a los vecinos picos un colorido poco común, de una belleza fascinadora. Con alborozo, emprendimos la organización del interior de la tienda, encendimos el *Primus* para empezar la fusión de la nieve que había de constituir nuestro preciado líquido y, después de dar cuenta de una succulenta cena (al menos, así nos pareció), seguimos fundiendo nieve para tener agua abundante, para pasar la noche que había de ser larga, pues hasta las ocho que no amanece, nos va a dar tiempo de ingerir alimentos en cantidad (imenudos somos nosotros!).

Son las ocho de la noche, cuando el frío nos aconseja que nos metamos en nuestros sacos; así que preparamos los colchones neumáticos y nos



tendimos encima, dispuestos a dejarnos prender en los brazos de un reparador sueño. Empezamos a hablar, pero que les digan de qué mis amigos, ya que de mí hizo posesión Morfeo rápidamente.

Siento frío en las rodillas y oigo rebullir a mis compañeros dentro de sus sacos. Se enciende el farol y podemos comprobar que son las cuatro de la mañana. Nos incorporamos y vemos que la temperatura dentro de la tienda es de 0°. Para celebrarlo, nos ponemos a comer de nuevo con buen apetito; alguien habló de sacar el termómetro fuera de la tienda por curiosidad, pero la idea no cuajó, porque no hubo acuerdo sobre quién lo había de hacer.

De nuevo, nos dormimos hasta que los primeros albos del día atravesaron nuestros párpados. Como hoy mismo hemos de regresar a Zaragoza, no nos da tiempo de hacer otra cosa que disfrutar un poco por las alturas y bajar a comer a Candanchú.

Si el atardecer anterior fue bonito, el amanecer que se presenta ante nosotros es maravilloso: el rosa que nos baña en el instante del amanecer, asemejando el reflejo de un incendio, va tornándose más claro hasta que, al dar los rayos solares en las cumbres de los picos, hacen el efecto de que se inflamasen. En estos momentos (las ocho de la mañana), la temperatura era de 2° sobre cero dentro de la tienda y, en el exterior (todavía no nos daba el sol), era de 8° bajo cero, lo que nos hace suponer que la noche la hemos pasado con una temperatura ambiente de unos 10°.

Saciados de belleza, nos aprestamos a preparar nuestro desayuno y, mientras Montaner y Tricas lo guisan, Díaz y yo nos subimos a una pala cercana y nos ponemos a esquiar hasta que nos avisan. Después, otro poco más de esquí, y a trasladar el campamento del suelo a nuestros doloridos hombros, que no lo agradecen nada.

El descenso hasta el col de Tortiellas Alto, fue formidable, aun a pesar de nuestras mochilas, pues la pendiente es suave y prolongada. Allí, hubo diversidad de opiniones sobre el camino a seguir y, por fin, nos decidimos por ascender a la cumbre del Tobazo y bajar por las pistas del telesquí.

Lo tomamos algo bajo y nos vimos obligados a retroceder. Montaner y Díaz pierden altura, y Tricas y yo nos subimos hacia la arista y, una vez en ella, la seguimos haciendo unos pasos muy aéreos de cruzado, en los que sólo el centro de los esquís (unos treinta centímetros) tocaban la nieve; el resto, tanto la parte de las espátulas como la de las colas, estaban colgadas en el vacío. Una vez en la cumbre del Tobazo, nos dimos cuenta de que la nieve estaba en muy malas condiciones, pues había una costra muy desigual que hacía peligrosos los virajes, puesto que, al apoyar el peso propio y el de la mochila sobre un solo esquí, la mayor parte de las veces se hundía, con la correspondiente pérdida de equilibrio. (léase: bofetada).

De la Olla para abajo, estuvo muy bien y, de nuevo, nos vemos en Candanchú en nuestro acogedor y simpático Santa Cristina, que tantas caras amigas nos guarda, además de una buena comida, una buena bebida y unas alegres canciones. Y otro grato recuerdo para nuestro archivo.

Nota: La acampada fue realizada aproximadamente en la curva de nivel 2.150 metros y en el punto aproximado de X 856.650 Y 911.820 (Lambert).

3.03. La Torre de Marboré

Rafael Montaner Aznar y Juan José Díaz Ibáñez

Boletín de Montañeros de Aragón, 49-50, julio-octubre de 1958

Nota previa de Pepe Díaz:

Siguiendo la costumbre en anuarios anteriores, había previsto para este año machacar al personal con el relato de nuestra primera ascensión a la norte de La Torre. Pues bien, recabando en boletines de la época encontré un artículo sobre esta escalada escrito por Rafael Montaner, cuyo contenido me ha parecido oportuno sacar a la luz, transcribiéndolo íntegramente, no sólo por su valor histórico, sino por el peculiar estilo de sus reseñas. A pesar de todo, me permitiré añadir dos comentarios, por aquello del qué dirán.

Sería más de mediodía de aquel 14 de agosto de 1958, cuando alcanzábamos la Brecha de Rolando. Habíamos dormido por encima de Cotatuero, con la intención de llegar al pie de La Torre esa misma mañana, pero una vez allí, nos dimos cuenta de que esa posibilidad ya se había desvanecido. Así pues, nos desprendimos de las mochilas, dispuestos a dar cuenta del almuerzo, o mejor dicho, a ingerir unas repelentes salchichas, cuyo origen sospechoso era capaz de desanimar al náufrago más hambriento, exceptuando a José Antonio Bescós, quien, a juzgar por la expresión, parecía estar ante el más exquisito de los manjares.

Mientras, el cielo se había ido encapotando seriamente, y al rato, un lejano trueno nos ponía en antecedentes de lo que se venía encima. Con tal motivo, decidimos que lo más prudente era bajar rápidamente hasta el cercano refugio de los Sarradets, dejando el asunto para el día siguiente. ¡Vana ilusión!, en ese momento se alzaba la voz de Alberto Rabadá negándose en redondo a variar los planes, con toda su tozudez, que era mucha.

Y así se organizó una discusión, que tal vez se hubiese inclinado a favor de Julián Vicente y este servidor, únicos oponentes en principio. Pero todo quedaría en tablas cuando José Antonio Bescós se ponía incondicionalmente al lado del Edil (alguna influencia tendrían las salchichas), con el fervor del hinchado más acérrimo. Así las cosas, sólo podía sacarnos del atolladero Rafael Montaner, quinto componente del grupo.

Nuestro improvisado oráculo, en ese momento totalmente concentrado en sacarse el pañuelo del bolsillo con los dedos índice y pulgar, continuó impassible sin hacer caso a nuestras ansiosas miradas, para, una vez rematada tan complicada operación, dar con una solución tan sencilla como la de acompañar con todo el material a nuestros esforzados camaradas hasta el pie de la pared, regresando el resto de la tropa al refugio. Y para eso le han dado tanto bombo a un tal Salomón.

En fin, dicho esto, dejó el resto a su cargo, tal como anuncié al principio.

La Torre de Marboré

A las dos, dejamos a Rabadá y Bescós empezando la escalada; nos quedamos viéndoles pasar horizontalmente hasta el pie del impresionante diedro, que con sus cien metros casi forma la mitad del itinerario y, cuando los perdemos de vista, ocultos por una faja, volvemos reposadamente hacia el refugio de la Brecha de Rolando.

La intención de acostarnos temprano se retrasa algo por la llegada de un grupo de compañeros de Zaragoza y una tormenta que degenera en temporal, y que nos hace pensar que Bescós y *Edil* lo estarán pasando bien. De todas formas, a las ocho y media ya estamos durmiendo *Nanín* y yo. Pepe lo hace un rato después, y, entre sueños, le oigo decir con satisfacción, que sigue lloviendo. Mis sanas intenciones son dormir hasta las *tantas* como siga el temporal.

Pero mis perezosos proyectos son turbados por el señor Pérez, encargado del refugio, que a la voz de "Monsieur Montaner... Monsieur Montaner, hay un cielo espléndido", acompañado de un enérgico meneo, me saca decididamente del sueño. Despierto a mis compañeros y abandonamos la habitación, no sin cierta envidia hacia los que quedan haciendo honor a los colchones de muelles. Desayunamos entre otras cordadas somnolientas y, después, partimos hacia la pared provistos de unos palos que, a guisa de piolets, nos servirán para cruzar las *gleras* y neveros que, sin interrupción, forman el camino de aproximación.

A las siete, empezamos la escalada; alcanzamos la base del diedro avanzando todos a la par por las sinuosas cornisas y comprobamos, con desaliento, que a esta temprana hora ya se escurre agua por toda la pared.

La otra cordada está empezando el paso horizontal que aparta la vía del fondo del diedro. Han pasado la noche cerca del suelo en un pequeño resalte al resguardo del agua. Nos saludan alegremente y empezamos la parte de verdadera dificultad. Subo hasta una cornisa, ayudándome con tacos de madera. La siguiente tirada la hace Pepe a libre con apuros, pues no en vano el paso es de sexto grado. *Nanín* se encarga de la desagradable tarea de recuperar el material.

Nos reunimos al principio del paso horizontal y quedamos esperando que Bescós, en cabeza de la otra cordada, alcance un buen sitio en la fisura que nos costó el año pasado una caída a cada uno, para que *Edil*, que lo asegura, pueda hacernos una fotografía –que dice impresionante-. Naturalmente, la foto ha salido quemada y desenfocada, pero, conociendo el sitio y con mucha imaginación, se ve que es impresionante.

Empiezo el paso horizontal. En vez de hacerlo en artificial, clavando por un desigual resalte, como las cordadas que nos habían precedido, ya con Bescós, en 1957, lo había pasado empleando el resalte para apoyo de pies, ayudándonos para alcanzarlo con un pasamanos podrido; luego, continuamos horizontalmente a base de incrustarnos a la pared y, casi sin respirar, para no perder el equilibrio. Y esta era mi preocupación, que no estuviera el pasamanos..., y no estaba.

Pero *Edil* resuelve el problema alcanzando por el diedro otro resalte superior y descolgándose hasta el de abajo en una especie de *dulfer* a lo sucio. Después, sigue el paso por el resalte, en esta ocasión batido por una potente cascada de agua. Me evito la maniobra del *dulfer* gracias a una cuerda fija que nos dejan, y desde el otro lado, recupero a mis compañeros asegurando sobre el mismo pitón que nos sirvió el año pasado, al abandonar, para tender el *râpel*.

Al final de este paso, y tras una chimenea corta, alcanzamos el resalte del vivac en las primeras horas de la tarde. *Edil* parte en aquel momento a reunirse con su compañero y continuar otra tirada, supera dos extraplomos seguidos y, después de otra travesía horizontal, alcanza la base de la chimenea que desemboca en el Bouclier.

Como vemos que invertirán todo lo que queda de la tarde en alcanzar la serie de cornisas y fajas que componen el Bouclier, decidimos vivaquear allí mismo. Nos jugamos al *chino* el único saco de dormir que tenemos, alargando varias veces las partidas para amenizar la tarde.

El intranquilizador cúmulo que, por la mañana, era la única mancha que empañaba el cielo, como era de esperar, ha ido creciendo y, a media tarde, un nublado amenazador cubre todo el cielo. La *boira* subiendo desde el valle tapa poco a poco el circo de Gavarnie.

Al atardecer, oímos la voz de Bescós anunciando a grandes voces, no sé si a nosotros solos o a toda la comarca también, que está en el Bouclier; rato después, es *Edil* el que da las voces con la misma noticia respecto a él.

Cenamos y nos acostamos con relativo confort. Desde el interior de los sacos, contemplamos el cielo cada vez más despejado; por abajo, al retirarse la *boira*, va descubriendo, una a una, las luces de Gavarnie.

Sobre las siete, continuamos. Arranca Pepe, un poco *acartonado* aún por el frío, superando la fisura en una fatigosa y difícil tirada artificial. A su fin, nos tenemos que reunir toda la cordada en difícil posición, pues no disponemos de suficientes mosquetones. Sigo por los extraplomos bien provistos de pitones y doy vista al paso horizontal que vuelve la vía al fondo del diedro.

Desde la mitad de travesía hasta el final de la chimenea que sale al Bouclier, incluida una plataforma donde hay que reunirse, se queda debajo de una potente cascada. Nuestros compañeros ya nos han advertido que dejemos abundante ropa de repuesto; así que subimos con lo imprescindible para no dejarnos la piel por la roca.

A mitad de travesía, pido un chubasquero para preservarme algo del chaparrón y no me quito los pantalones, porque la difícil postura sobre un estribo lo hace imposible. Debe ser ridículo un individuo colgado de una doble cuerda con gabardina, pero sin ninguna preocupación por la estética sigo hasta la plataforma. Después de haber perdido el gorro de plástico, en un apuro, alcanzo el punto de reunión.

El chubasquero sirve de bien poco; el agua entra por el cuello y mangas y, la que se escurre por la cuerda que estoy asegurado, pronto me deja empapado, como si no llevase nada.

Recupero primero a Pepe, que viene desconcertado por el mal genio que me ha sacado el remojón. Cuando me alcanza, no lo piensa nada y sale disparado hacia arriba entre el chorro de agua. A *Nanín* le tengo que pedir, por favor, que deje las clavijas que estén duras, pero que ni me quitan el frío ni evitan el mojarme, me hace aguantarle mientras despitona. Por fin le veo junto a mí y, sin explicaciones, salgo imitando a Pepe hacia el Bouclier.

Arriba, Bescós y *Edil* se han pasado el día esperándonos y secando su ropa al sol; cuando llegaron por la tarde sin ropa de repuesto, como nosotros, tuvieron que vivaquear desnudos dentro de los sacos; pero, durante toda la mañana, se han desquitado tomando el sol como lagartos. Cuando llego, ya no hay sol; un nublado parecido al del día anterior lo ha ocultado. Me desnudo metiéndome en un saco y, entretanto, aparece *Nanín* con pinta de naufragio, que hace lo mismo que yo.

Deliberamos. Nuestra única ficha técnica consiste en lo que cada uno recuerda del croquis aparecido en *Altitude* y el relato de Jean Ravier publicado en *Montaña*. Afortunadamente, la vía es evidente, y Bescós continúa ahora con Pepe; mientras, *Nanín* y yo tiritando dentro de nuestros sacos, somos consolados por *Edil*.

Al fin nos llega el turno. Me tengo que poner los pantalones. Permanezco todo lo que puedo con las piernas rígidas para no estar en contacto con la pana mojada, pero, cuando me agarro a la pared, ya no puedo evitar la desagradable impresión. Espero en una cornisa muy plana y sigue *Edil* otro largo también entre agua, pero que se puede atravesar rápidamente. Contemplo alborozado los espasmos de *Nanín* al ponerse los pantalones.

Continuamos varias tiradas más, todas de poca dificultad, y alcanzamos a los otros al pie de un torrente que baja por un diedro. Bescós está colgado, empeñado en subir por la pared seca de la izquierda, pues la otra por donde claramente sigue la vía, es un chorro de agua. Hacia la mitad, sin otro remedio ya, se tiene que meter por el fondo del diedro, por donde alcanza a costa de otro remojón una faja diagonal. Sigue todo lo que da la cuerda puesta sencilla, pero desde donde llega no alcanza a ver una salida segura para aquella tarde. Así que, ante el temor de no poder salir en el par de horas de luz que nos quedan, desciende Bescós y nos preparamos a vivaquear otra vez en un confortable nido de cuervos, que rellenamos con las hierbas y pajas subidas por innumerables generaciones de cuervos a otros nidos menos amplios.

Nos repartimos equitativamente nuestras cortas provisiones y el cansancio acalla las protestas del estómago, sumiéndonos en el sueño.

Seguimos al punto de la mañana; *Edil* y Pepe abren la marcha. Subimos el diedro por el que casi no cae agua, y, mientras recupero a mis compañeros, veo cruzar la otra cordada un paso cincuenta metros más arriba. A partir de aquí, la dificultad decae totalmente; subimos una serie de gradas y cornisas; después, una chimenea extraplomada, donde la abundancia de presas llega a estorbar, y, poco más arriba, tropiezo con Pepe, empeñándonos en discutir la mayor dificultad de las distintas vías que hemos seguido en el último trozo. Como los estómagos vacíos no son buenos consejeros, viene *Edil* a poner paz y aplazamos la discusión para la sobremesa. Seguimos todos hasta la cima, y, ya

en ella, recuerdo la diversidad de criterios que había para esta fecha; unos querían ir a la playa de Salou a bañarse y, otros, a intentar esta pared, y pienso, con regocijo, que todos nos hemos salido con nuestra idea, nos hemos bañado y hemos hecho una buena escalada.

Nota final de Pepe Díaz:

Hablando en términos matemáticos, conviene aclarar que el reparto de víveres mencionado al final del artículo, consistía en dos quesitos y una lata de sardinas dividida entre cinco, cuya parte alícuota, no era precisamente como para tener un detalle con el vecino.

Estas curas de adelgazamiento, a las que muy a nuestro pesar nos sometíamos con frecuencia, daban más bien resultados negativos, como puede apreciarse en la foto del grupo. Pero tenían también, la parte positiva de provocar entre las más allegadas féminas del club, cierto sentimiento protector, gracias al cual, se establecía una especie de competencia gastronómica, muy celebrada en aquellas salidas colectivas, a las que procurábamos no fallar, llevado por un noble y desinteresado amor por la naturaleza.

Se originaba así una corriente de simpatía entre benefactoras y damnificados, que, en el peor de los casos, terminaba en la vicaría. Y, con esto, no pretendo señalar a nadie, pues ya se sabe: Dios escribe derecho pero con renglón torcido.

3.04. Primera española a la cara Norte del Piton Carré

Juan José Díaz Ibáñez

Anuario de Montañeros de Aragón 1996-1997, 1997

Con unas mochilas cuyo peso medio oscilaría entre los treinta y los treinta y cinco kilos, por los interminables lazos del camino que va del Balneario de Panticosa al collado de Brazato, era imposible hacer otra cosa que resoplar y parar cada poco rato. Cuando, al final de aquel interminable día, decidimos hacer un alto para pasar la noche, estábamos en la cabecera del Ara y aún nos quedaba otro tanto para llegar a las Oulettes de Gaube, en el macizo del Vignemale, punto final de nuestro destino. Era un 23 de julio de 1958, una fecha sin nada digno de reseñar, salvo que nos dejó hechos un guiñapo.

Tumbado en el saco, sobre la hierba, estaba pensando si habíamos acertado al venir por aquí, cuando Rafael Montaner, como adivinando mis pensamientos, me hacía la misma pregunta en voz alta. Nuestra decisión de hacer la norte del Piton Carré venía de unos meses atrás y hubiésemos podido salir antes, pero Rafael –siempre imprevisible–, se empeñó en que con nosotros vendrían José Soriano, Gregorio Villarig, Jesús Mustienes y Antonio Lacasta, un grupo de jóvenes compañeros del club, que en aquellos años iniciaban sus escaladas en alta montaña. Fue entonces cuando decidimos variar la ruta. Un grupo tan numeroso no podía pasar clandestinamente la

frontera. Estaba mal visto. Faltaba José Ignacio Ríos, otro consocio que decidió unirse a nosotros en Panticosa. Vendría dos días más tarde, con la santa misión de traer un cargamento de pan, alimento indispensable del que no pudimos hacer acopio en el Balneario por ser día de fiesta.

Por fin, el 24 tomábamos posesión de nuestra casa. Era una especie de gruta, formada por dos bloques de piedra, una chapa como techo y un confortable lecho de paja. Con capacidad para unas ocho personas solteras y sin escrúpulos. Era el único albergue existente en la zona, conocido como *Villa Meillon*, por haber sido Alphonse Meillon quien la habilitó, a principios de siglo, para sus trabajos de cartografía en el Vignemale.

Afortunadamente, no había nadie y pudimos acomodarnos a nuestras anchas. La tragedia vino después, cuando preparamos la cena y el amigo Ríos no aparecía con el alimento básico. Yo, alegremente, me había erigido como cocinero y, con cierto espíritu ahorrativo, pensé que, después de una succulenta sopa de pollo con fideos, unos huevos revueltos con tomate serían suficientes... Pero nada más lejos. La sopa pasó la prueba sin mayores problemas, pero una cucharada de huevo revuelto aislada en el centro del plato es capaz de desmoralizar a cualquiera. Hubo un silencio sepulcral; luego se miraron los unos a los otros para, después, dirigirse hacia mí con los ojos inyectados de ira. Providencialmente, en aquel momento aparecía José Ignacio con el ansiado cargamento, y la paz volvía a reinar entre nosotros. ¡Es increíble el partido que se le puede sacar a una exigua mancha de huevo y tomate, con una barra de pan entre las manos!

A las tres de la madrugada del 25, ya estaba en pie. Era el día de la ascensión y había que salir temprano. Sin querer pensar demasiado en la niebla que nos invadía y que, sin duda, estaría reblandeciendo la nieve del *Couloir*, me puse a preparar el desayuno. A mi lado, Rafael Montaner, ajeno a esta banalidad, roncaba plácidamente. Confieso que estuve a punto de meterme en el saco e imitarle pero, al fin, me decidí por lo más peligroso, que era despertarlo. Pero, en previsión de una reacción violenta, había retirado el cazo de leche a una distancia conveniente...

Una hora más tarde, remontábamos el glaciar de las Oulettes, sumidos en nuestros propios pensamientos. Como era de esperar, la nieve estaba sospechosamente blanda. Tras salvar una grieta, alcanzamos un rellano de hielo, donde nos calzamos los crampones. La entrada al *Couloir de Gaube* no estaba muy clara; no obstante, en la rimaya encontramos pocas dificultades y, por un característico diedro, conseguimos alcanzar el corredor.

Se había disipado la niebla y el día prometía ser excelente. Íbamos por el centro del corredor cuando fuimos saludados por un silbido de piedras, peligrosamente cercanas que, tras encauzarse por ese mismo centro, se perdían en el abismo. Rafael, en ese momento, iba por delante. Nos miramos con ojos como platos y, sin decir palabra, decidimos subir más a la izquierda, a pesar de la fuerte inclinación. Era preferible esto a vernos lapidados miserablemente. Sin más problemas, alcanzamos el pie de la pared del Piton Carré. Tras un pequeño descanso, nos encaramamos por la roca y, en un par de largos fáciles, llegábamos a la chimenea inicial de la vía. Sin tratarse de una



zona extremadamente difícil, el hielo y la nieve acumulados en este tramo, puso a prueba todos nuestros recursos. Desde una pequeña plataforma sobre la que me había podido establecer, avisé a Rafael que tuviera cuidado con el hielo. Sabía que al tirar las cuerdas oblicuamente, el segundo lo iba a pasar mal en este tramo mixto. Con su habitual flema, se fue acercando a mí lentamente. Dos o tres veces le oí mascullar algo entre dientes, pero llegó a la reunión sin otro contratiempo. Al siguiente largo, en el que él iba de primero, le vi cómo lo iniciaba con cierta sonrisa maquiavélica.

Alcanzamos unas terrazas que seguían ofreciendo el mismo problema de nieve acumulada, pero ya le habíamos tomado el pulso a la pared y la progresión era normal. Estábamos llegando a la parte central, donde se concentran las dificultades. Era mediodía, por lo que decidimos detenernos a comer, en previsión de lo que teníamos por delante. El optimismo se había adueñado de nosotros, pensando que, a este ritmo, podíamos llegar a la cima antes de media tarde.

Por encima de nosotros, destacaban unos desplomes negros de los que pendían unos amenazadores carámbanos de hielo; pero, ahora, nuestra concentración se centraba en unas lajas grises que estaban ofreciendo más resistencia de la prevista. Estaba en una minúscula plataforma y mi posición era francamente espectacular. Engastado como un minúsculo muñeco en mitad de esa gigantesca cuña que es el Piton Carré, entre la Pique Longue y la punta Chausenque, dominaba el glaciar de las Oulettes, brillando como un espejo a más de setecientos metros por debajo de mis pies.

Pero no era momento para lirismos. Rafael se las tenía tiesas con una fisura de V^o y VI^o que, a buen seguro, le estaba haciendo añorar los verdes prados que se adivinaban al fondo del valle. La lentitud con que se deslizaba la cuerda entre mis manos, me estaba dando idea de los apuros por los que atravesaba mi compañero. Poco más tarde, algunas palabras entrecortadas y un fuerte tirón, me indicaban que podía reunirme con él. Un desplome que venía a continuación, parecía ofrecer un serio problema, pero una serie de agarres estratégicamente colocados, me permitieron franquearlo con relativa facilidad.

A nuestra izquierda, un agrietado diedro muy abierto hizo que nos miráramos con cara de póker. Los dos estábamos pensando lo mismo: ¿a quién le iba a tocar la *china*? Matemáticamente, el turno era de Rafael pero, en justicia, en los últimos largos él se había llevado la peor parte, y el esfuerzo continuado no estaba precisamente entre sus preferencias. Tras un breve conciliábulo, llegamos a la conclusión de que sería yo el *afortunado*. Armado con toda la ferretería de que disponíamos, inicié la escalada con todas las precauciones. La pared ofrecía pocos relieves y las fisuras, en este primer tramo, brillaban por su ausencia. Una clavija tras otra, hasta un número total de cuatro, me situaban al pie de una gran laja desprendida de la pared. Aprovechando la fisura que, por su parte derecha la une a la pared, conseguí empotrar dos ángulos en su costado derecho. Elevándome lentamente y conteniendo la respiración, intenté colocarme encima de ella. En ese momento, noté con horror cómo esta gran losa se abría como una puerta y, en medio de



un estruendo ensordecedor, nos precipitamos al vacío. Aún tuve tiempo de ver a Rafael justo en la vertical del bloque, que se dirigía hacia él como un meteorito. Ya no recuerdo más. Luego, pudimos comprobar que las clavijas fueron saltando una tras otra menos la última que, milagrosamente, retuvo mi caída.

Cuando los ecos del desprendimiento ya se habían apagado, yo estaba unos metros por debajo de Montaner, que me miraba atónito, sin saber qué había pasado. A un metro escaso por debajo de mí, había una amplia cornisa sobre la que me descolgó con cuidado, para intentar recuperarnos. Él ya había recobrado la serenidad. Yo notaba un gran dolor en la pierna derecha, completamente desgarrada, y algo viscoso me corría por el rostro, dejándome sin visibilidad el ojo izquierdo. Afortunadamente, la cosa no pasó de ahí. Con un pañuelo, pudimos cortar la hemorragia de una respetable brecha en la ceja, y la pierna no estaba rota. En cuanto a mi compañero: ni la piedra ni yo le habíamos tocado un pelo.

Analizamos la situación, que tenía pocas alternativas. Descender era materialmente imposible: por lo tanto, había que salir por arriba, fuese como fuese. De lo que vino a continuación, tengo un recuerdo nebuloso. Sé que, tras dos o tres largos difíciles e interminables, alcanzamos una buena terraza en la que decidimos pasar la noche. Eran las seis de la tarde y estábamos al límite de las posibilidades; teniendo en cuenta nuestro estado, lo mejor era esperar el nuevo día para proseguir con ideas más claras. En esos momentos, oímos unas voces lejanas que, al parecer, nos llamaban desde la cima. Eran nuestros jóvenes colegas, que habían subido desde Baysselance, por la vía normal, para encontrarse con nosotros y, al no vernos, comenzaban a inquietarse. A grandes gritos, Rafael les puso al corriente de nuestra situación, quitándole hierro al asunto para no alarmarles. Se limitó a decirles que la dificultad nos impedía salir en el día.

La noche fue *toledana*. En nuestros cálculos no entraba, ni por lo más remoto, realizar un vivac, por lo que carecíamos absolutamente de equipo a tal efecto. Como único extraordinario, llevábamos unos impermeables de *plexiglás* transparentes que, por aquel entonces, hacían furor entre las féminas, y que nosotros habíamos adoptado como complemento, en previsión de la lluvia, ya que el *anorak* de Ioneta tenía sus limitaciones. Por encima de nosotros, adivinábamos cercana la franja de esquistos que, según referencias, ponía fin a las dificultades. A pesar de saber que, para forzarlo, era necesario abordar un pasaje de IV^o superior y V^o, el hecho de ver tan cercana la salida nos tranquilizaba.

Precisamente, en ese resalte esquistoso hay instalado un ventisquero que, aquella noche, tuvo el capricho de enviarnos periódicamente varias duchas como consecuencia de la fusión durante las horas diurnas, obligándonos a cambiar de postura continuamente.

Como los males nunca vienen solos, la niebla emergió nuevamente, envolviéndonos en sus gélidas garras. Nuestros maravillosos *plexiglases* adquirieron tal rigidez escarchada, que parecíamos dos langostinos congelados.



Yo, en medio de la calentura, me dedicaba a tiritar con un entusiasmo digno de la mejor causa.

Rafael, mientras tanto, había llegado a la sublime conclusión de que lo mejor era cantar, para evitar convertirnos a la categoría y estado de estos simpáticos crustáceos; y, en un momento de inspiración, su estentórea voz (como diría Jesús Gil) empezó a retumbar por las paredes del circo, repitiendo aquello de "Bruno Brunovich es un chico muy listo, pero mucho más Amadeo Pich". Sin duda, una de las mejores arias de su repertorio.

Por fin, el día empezaba a despuntar y, poco a poco, los contornos se hicieron visibles. La niebla persistía, pero nosotros, sin esperar más, iniciábamos una lenta y penosa escapada, más que escalada, hacia la cima del Piton Carré. Era nuestra única obsesión, tal vez impuesta por el instinto de conservación que, a la vez, nos hacía olvidar el dolor y la fatiga. Serían aproximadamente las ocho de la mañana cuando desembocábamos en la cresta somital. ¡No podíamos dar crédito a nuestros ojos! Delante de nosotros, estaban nuestros muchachos, acompañados de un nutrido grupo de gendarmes pertenecientes a los *Secours en Montagne* franceses.

Por fortuna, cuando establecimos contacto la tarde anterior, vieron que la situación no era normal, tomando la acertada decisión de avisar en el puesto de socorro más cercano. Sin pensarlo más, emprendieron una maratoniada carrera hasta Gavarnie, donde dieron la alarma, y con las mismas iniciaban el regreso junto al equipo de rescate, llegando a la cima unos minutos antes que nosotros. Fue una coincidencia providencial pues, en ese momento, los socorristas estaban colocando un torno para descolgarse por la pared hasta donde creían que estaríamos atrapados..., aunque la dificultad del terreno les planteaba serias dudas.

Si la sorpresa, por nuestra parte, era grande, la de ellos fue mayor. Me figuro el aspecto que debíamos ofrecer, emergiendo de la niebla como dos desastrosos fantasmas. Entre los gratos recuerdos de aquellos momentos, que fueron muchos, me viene a la memoria el duro forcejeo que tuve que emplear para zafarme de un socorrista, empeñado en restañar y vendar mis heridas mientras yo veía, con desesperación, a Montaner devorando un monumental bocadillo con la mirada fija en otro que, a todas luces, estaba destinado a mi persona, y al cual no veía la forma de echarle mano merced a mi obstinado enfermero.

El jefe de los CRS, que se las daba de gracioso, hizo un chiste relacionado sobre un rescate de muertos y muertos de hambre, pero como lo dijo en francés, no se lo tuvimos en cuenta. En ese momento, éramos felices.

Epílogo: Cuando los encargados del Anuario me pidieron este artículo, me ponían en un compromiso. Uno es ya un viejo sentimental y, como habéis podido comprobar, eran muchas las vivencias antes y después de la propia escalada, que no he querido soslayar porque, al hurgar en mis propios recuerdos, formaban un todo. Los muchachos de entonces, ahora ya son mayores con canas, hijos y todo eso. A ellos siempre les hemos agradecido el

generoso esfuerzo que, en su inconsciente juventud, pudo costarles una pájara de órdago.

A Rafael Montaner, muchos ya lo conocéis. Tranquilo a la vez que inquieto, amigo de los amigos, y poco propicio a la carantoña, en esta ocasión supo dar una lección de coraje, abnegación y compañerismo de la que pocos somos capaces. De no ser así, ahora no estaría contando esta historia. Sólo hay una sombra en este asunto: ¡el jodido cantaba fatal! ¡Gracias, tío!

3.05. Primera escalada a la cara Norte del pico del Águila de Rioseta

José Antonio Bescós San Martín

Anuario de Montañeros de Aragón 1998-1999, 1999

¡Más sopa! Eso es lo que han pedido los de la habitación de al lado. ¡Pues nosotros también! Este diálogo se desarrollaba ante el asombro de la camarera que, en Casa Marraco de Canfranc Estación, pugnaba desde hacía bastante rato por ayudarnos a trasegar desde las cocinas, todos los víveres calientes disponibles hasta las camas de nuestras habitaciones, constituidas en anexo pantagruélico del restaurante.

El asombro de nuestra gentil servidora, posiblemente estaba justificado, pues desde la aparición en el Hotel alrededor de las 11 de la mañana de un día frío y lluvioso del mes de octubre, de sus cuatro clientes completamente empapados y ateridos, y que ahora engullían sin respirar todo lo que les presentaba en las camas-restaurantes, arropados con multitud de mantas y *caloríferos*, no era el cuadro más habitual entre la clientela del Hotel.

Lógicamente, este cuadro no estaba causado por algún tipo de pereza que nos inclinaba a comer en la cama, sino simplemente porque toda nuestra ropa estaba secándose en la lavandería del Hotel, mientras nosotros nos recuperábamos de la grave hipotermia que arrastrábamos, con baños interiores como los descritos, más los externos que habíamos practicado en las bañeras, hasta alcanzar el saludable tono rojo-cangrejo que, en estos momentos, certificaba que estábamos en el camino correcto de nuestra recuperación, especialmente si conseguíamos que el flujo de fluidos alimenticios desde las cocinas no se interrumpiese.

Sería fatuo y vano por nuestra parte, presumir de que hubiésemos agotado las existencias culinarias de Casa Marraco, pero un buen bocado (nunca mejor dicho) sí que les dimos, durando todo ello hasta que nuestro vestuario estuvo listo para reemprender la marcha de vuelta a Zaragoza.

Y así terminó el tercer intento de escalada a la cara norte del pico del Águila de Rioseta.

Este comienzo *anticronológico* del relato de escalada, pretende presentar la historia de la misma, tal como se produjo durante los seis intentos a lo largo de casi tres años.

Dicho comienzo representaba el tercer intento de escalada de la pared, y se iniciaba la jornada anterior de madrugada con un tiempo espléndido.

El tercio inferior de la pared no supuso grandes problemas, pues ya era conocido por nosotros, y conseguimos superarlo con tiempo suficiente para rebasar la gran cornisa herbosa, y hacer dos largos de cuerda bastante difíciles por encima de ella, en dirección a unos diedros, en los que suponíamos podríamos vivaquear confortablemente. De repente, oscureció, y no por lo avanzado de la hora, sino por la tormenta que, de improviso, echó por tierra nuestras ilusiones de vivac confortable, a la vez que nos dejó totalmente empapados y en la negrura más absoluta. Y, como las desgracias nunca vienen solas –quizá para confirmar la teoría de Alberto Rabadá, de que cuanto peor, mejor–, al finalizar el recio chaparrón, la tapadera de nubes decidió quedarse de temporal, para hacernos compañía con una ligera llovizna y amenizarnos la velada que, dada la situación en que nos habíamos quedado, podría haber resultado aburrida.

Rabadá, que en el momento de la ducha iba en cabeza, se quedó sobre dos estribos, en la travesía de una placa lisa a la entrada de los diedros que veíamos. *Nanín*, que le aseguraba a unos quince metros en la reunión anterior, también estaba sobre estribos, sin una sola roca plana a su alrededor donde acomodarse. Yo, que encabezaba la segunda cordada, estaba unos veinte metros por debajo de *Nanín*, en el mejor lugar de todos, pues podía semi-sentarme sobre un cepellón de hierba que crecía en el fondo del diedro, y, al final, Montaner que, unos diez metros debajo de mí, podía colocar alternativamente los pies en un matojo de hierbas y en un estribo. Para aumentar mi sensación de culpabilidad por disponer del vivac más confortable, tenía, además, en la reunión, la mochila con los víveres, por lo que fui el único que cenó, limitándose los otros a escarbarse en los bolsillos, consiguiendo algunas almendras y pasas, aderezadas con la clásica borra bolsillera.

¿Qué tal estás tú? ¿Y tú? ¡Yo, bien! ¡Yo, también! ¿Os mojáis? ¡Sí! ¡Yo, también! ¡Qué frío hace! ¡Aquí, también! ¿Habéis comido algo? ¡Casi nada! ¡Yo, tampoco! Realmente ésta era una mentira piadosa, pero es que consideré, caritativamente, que no se debe escarbar en las heridas del prójimo, sobre todo, en previsión de la feroz venganza posterior. Así, toda la noche. Y, si consideramos esta como la del loro, la madrugada se presentó tan amena como la filmación de *Titanic*, pero sin iceberg.

Con las primeras luces del día y con un frío helador, comenzamos los preparativos del descenso, pero, como estábamos las dos cordadas situadas en diagonal, y con alguno de los largos que nos separaban extraplomados, la cosa no era tan fácil como hacer un bonito y sencillo rápel, viéndonos obligados a organizar todos los tenderetes imaginables para hacer llegar a Rabadá y *Nanín* hasta mi reunión, y, con sus cuerdas montar un rápel volado hasta las fajas herbosas debajo de nosotros.

Como en mi vivac no había sitio para dos, el cambio de una cordada a otra lo hicimos sobre estribos, y, al recibir sucesivamente a *Nanín* y Rabadá para colocarles el rápel y continuar el descenso, su desastroso aspecto me trajo a la memoria el rostro de los supervivientes del famoso cuadro del naufragio del Medusa.

Tras su paso por mi dormitorio, hicimos llegar las cuerdas de rápel a Montaner, consiguiendo, por fin, reunirnos todos en la faja herbosa, por la que proseguimos la escapatoria como *zombis*, y, así, entre tiritonas, hasta las bañeras de agua caliente de Casa Marraco, nuestro puerto de salvación.

La hermosa pared norte del Águila ya había llamado nuestra atención desde años atrás, pues, cada vez que pasábamos por Rioseta hacia Candanchú, el vecino Aspe o Canal Roya, no podíamos menos que imaginar una vía de escalada directa desde el centro de su base hasta la puntiaguda cima. Así que, con estas ilusiones y aprovechando una ascensión al Collarada con dos venerables franciscanos de un convento de Jaca (os recuerdo que corría el año 1957, y estas expediciones mayores al Pirineo no eran cosa de desaprovecharlas), al descenso del pico nos dirigimos Rafael Montaner y un servidor hacia Rioseta, y allí, de la mano de unas anginas de caballo que atacaron a Rafael, finalizó el primer intento al Águila.

El segundo intento, ya se podría seriamente llamar así, aunque no consiguió mayor éxito que el anterior, porque, aun a pesar de que nos reunimos todo el grupo (Rabadá, Montaner, *Nanín*, Pepe Díaz y yo) al pie de la pared, en el primer largo de cuerda por una chimenea extraplomada, la cordada de ataque consiguió agotar casi todo el material que traíamos, así como una buena parte del día, en vista de lo cual, y sin haber llegado a arrancar del suelo la segunda cordada, los primeros, tras un rápel de sesenta metros, dieron el segundo intento por finalizado el mes de septiembre de 1958.

Del tercero, ya habéis visto aquí arriba el resultado. El mes de junio de 1959, arrancamos el cuarto intento, henchidos de ardor montañero y un poco más de realismo, consiguiendo superar con rapidez la chimenea extraplomada y varios largos que nos situaron casi en la faja herbosa central; pero, como todo no iba a ser tan fácil, cuando izábamos el petate con el material y víveres, se desenganchó de la cuerda sabiamente atada por Rabadá y efectuó un bonito salto de más de cien metros.

Yo, lógicamente, debería en aquel momento estar compungido, pero, a la vista del surtidor de latas, sacos de dormir, clavijas, panes, etcétera, que surgió del petate al reventar entre las piedras al pie de la pared y desparramarse por la *glera*, fui presa de un ataque de risa que encendió, aún más si cabe, las iras del personal.

Como no era cuestión de continuar con estas carencias, tras alcanzar la faja de hierba y siendo ya conocedores del sistema de escape, dimos por finalizado el intento.

Y vuelta a empezar. A principios de agosto de ese mismo año, tras conseguir reunirnos todo el grupo en Canfranc, procedentes de diversos lugares del Pirineo, nuevamente el quinto intento no pasó del papel, pues, enzarzados toda la noche en una feroz discusión entre los partidarios de hacer la escalada entera o de hacerla comenzando en la faja de escape, no hubo manera de ponerse de acuerdo, y salimos todos zumbando a continuar nuestras vacaciones.

Y, por fin, como dicen en los casinos, *rien ne va plus*: conseguimos arrancar el sexto y definitivo intento a finales de agosto de 1959. Esta vez, con la experiencia acumulada, decidimos vivaquear al pie de la pared, para poder iniciar la escalada con las primeras luces, llegando así al final del día al lugar de vivac, sobre el punto más alto alcanzado en el intento-naufrago. Al día siguiente, atacamos los diedros superiores de engañoso aspecto facilón, hasta situarnos bajo el gran techo que hace de tapadera del diedro hacia la cúspide, franqueándolo por la izquierda con abundantes estribos, hasta una pequeña chimenea que nos condujo a la cima. ¡Por fin!

Tras este relato, y para solventar las dudas que las nuevas generaciones montañeras pudieseis tener sobre la capacidad de vuestros mayores, os puedo jurar solemnemente que hubo alguna *primera escalada* que la hicimos, de verdad, a la primera.

3.06. Espolón Este del Bazillac

Ángel López Martínez *Cintero*

Boletín de Montañeros de Aragón, 56, septiembre-octubre de 1959

Nos encontramos en Ordesa a finales de agosto con el propósito de, como hacemos siempre, si el tiempo nos lo permite, tratar de realizar esta escalada, que de antemano sabemos catalogada como difícil. Como tantas otras veces, la moto de Pepe nos ha conducido en unas pocas horas desde nuestra ciudad hasta esta región pirenaica; el que suscribe va todavía sin *aclimatar*; hace muy poco tiempo que he regresado de Melilla y la contemplación de nuestras montañas ha sido un revivir para mi espíritu, hastiado de tanta monotonía, cansado de la constante inactividad pasada.

En Ordesa, la noche se presenta magnífica, y, pensando en la jornada del próximo día, nos acostamos temprano. Yo creo que apenas acabo de dormirme, cuando me despierta el *campanazo* de nuestro despertador. Es la una y media. Pepe dice que tire lejos el cacharro que tanto ruido arma, pero le coloco un pequeño cuento en favor de estas cosas traídas de contrabando y, por fin, se apiada de mi flamante despertador. Como en tantos despertares que anteceden a jornadas montañeras, caras serias y pocas palabras; esto es obra del sueño tan poco amablemente interrumpido. Pero también, a la vez, una de las estampas clásicas que mejor se graban en nuestro recuerdo: a la luz de la linterna, hacemos una última selección de cosas necesarias para pasar el día en las alturas. Nos colocamos las mochilas y partimos a las dos y media hacia el circo de Cotatuero.

El frío de la noche ha logrado despejarnos del todo; en mi interior ya no me acuerdo del agradable calorcillo del saco, momentos antes de abandonarlo. Ahora, una vez más, compruebo la inmensa grandeza que nos regala el amor a la montaña. Entre lapsos de nuestra caminata, no ceso de contemplar la grandiosa mole del pico de Gallinero, virgen aún de vías de escalada en su cara

más vertical, y es, en estos momentos, cuando saboreo lo que supone para mí esta vuelta a la montaña.

Tintes de amanecer. Hemos dejado atrás el circo de Cotatuero y sus clavijas. A medida que vamos ascendiendo el tiempo empeora, y Pepe, que conoce esta parte del Pirineo bastante bien, me dice que en la Brecha de Rolando tienen casi siempre la costumbre de dejarse abierta la *tajadera* de la *boira*. El frío también ha ido en aumento, y a las seis treinta, el termómetro sólo marca un discreto más dos, que, unido al viento que impera en altitudes superiores a la que en estos momentos tenemos, nos hace pensar que las rocas estarán bastante fresquitas.

Nos dirigimos por pedregosas laderas, matizadas con breves aunque verdes prados, hacia la Brecha de Rolando, cuya pared izquierda, mirando desde España, tenemos intención de escalar. Esta pared pertenece al pico Bazillac, alargado macizo de paredes verticales que cuenta con una vía de escalada bastante fácil por la cara francesa, pero que, salvo este pequeño istmo que lo une con el resto de la montaña, sus vertientes presentan asombrosa verticalidad.

Al fin, nuestras mochilas descansan junto a la Brecha. Tal y como se presenta el día, es más recomendable el jugar a los bolos que el hacer escalada. Pero, en fin, la ilusión vence sobre todo y decidimos que habremos de esperar a que el sol caliente para iniciar la escalada.

La *boira*, procedente como siempre de obsequio francés, aumenta en espesura. Por otra parte, el reloj indica que, si dudamos mucho tiempo, nos tendremos que marchar sin haber hecho otra cosa que ver el pico desde abajo. Con el propósito de dar marcha atrás, si el tiempo se pone peor, comenzamos la escalada bien entrada la mañana. Salvamos dos o tres trozos casi verticales y de roca podrida en libre, llegando a una cornisa plana no muy ancha. Desde aquí, se ve alguna clavija colocada en un diedro extraplomado, lo cual es indicio de que esta vía es muy *ferretera*. Comenzamos con un paso de hombros. El sonido de los primeros pitones atrae a un grupo de franceses procedentes del refugio de la Brecha, que se instalan lo más cómodamente posible, y así permanecerán unas horas, viéndonos progresar en la pared.

A causa de que se le enfrían las manos, Pepe se tiene que bajar desde estas primeras clavijas hasta la cornisa. Una vez recobrado, prosigue en un lento avance, pitoneando por el fondo del diedro. Éste, en su parte alta, pierde la inclinación negativa y hasta es posible continuar en escalada libre, tomando como base segura las últimas clavijas. Con un paso lateral, se alcanza una mínima laja plana, que servirá de punto de reunión para el próximo largo de cuerda.

La *flojera* adquirida por mis *cañas* en África, no me permite subir con la soltura de otros tiempos, y por esta circunstancia "voy invocando bastante".

Una vez recuperado el material, intentamos organizar algo mejor las cuerdas, pero el fuerte viento se las lleva donde quiere y hasta las trabas en unos salientes, teniendo que hacer un difícil péndulo para lograr tener sobre nuestros brazos toda la longitud de la cuerda. El tramo siguiente es fatigoso; en primer lugar, una *balma* superada a tracción de doble cuerda, pero, al final

de esto, existe un trozo de roca vertical que, al no poder clavar, hay que asirse con gran trabajo a sus ligeros rebordes y asideros. A intervalos cortos en que hay menos *boira*, diviso una pequeña parte de la gran cascada del circo de Gavarnie. Esto, unido al continuo aletear de mi anorak, son las amenidades con que cuento. Suerte que, como aquí se torna la escalada delicada en extremo, el prestar toda la atención a los movimientos de mi compañero, me impide acordarme de las tornadas de frío que estoy pasando.

El próximo paso a afrontar es el más difícil de toda la escalada. Se trata de un muro gris bastante liso, en el que no se pueden colocar clavijas en sus primeros metros. Ascendiendo en libre sobre escasos agarres, hay que tener mucha suerte para poder colocar sin caerse alguna clavija en una insegura grieta, hecho esto y siempre por terreno delicado, pitoneando se ganan unos metros más a estas rudas rocas. A la salida de esta doble cuerda, hay unas pequeñas cornisas inclinadas, en donde las rocas rezuman agua del nevero cimero, cuyo paso de una a otra requiere un buen rato de tensión, aprovechando al máximo las mojadas presas. Sin llevar paraguas, es poco recomendable pararse a clavar. A continuación de estos obstáculos, existe una excelente cornisa para reunirse.

Se prosigue en travesía horizontal ascendente, hasta lograr vencer unos inestables bloques, y un tramo vertical, para alcanzar un profundo nicho. Desde aquí, se intuye un pronto final de la escalada, pero la ruta a seguir es muy problemática: las rocas sólidas están cubiertas de agua y, ante esto, no nos queda otra opción que seguir por encima del nicho. Hay que afrontar una canal vertical totalmente descompuesta y, como luego comprobamos, nos hizo pasar el peor rato de toda la escalada. Al salir del nicho veo cómo, lentamente, las botas de Pepe desaparecen de mi vista. A mis preguntas de cómo se ve aquello, dice que bastante bien, pero su tono de voz es tan inseguro que yo no comprendo todo lo *bien* que debe de estar. El avance es muy lento, y por lo que luego me confirmo, varios de los desprendimientos que observé desde mi punto de aseguración, eran debidos a resbalones de pies, detenidos por clavijas en las que prácticamente se podía tener una confianza nula. Con unos metros de trepada fácil se gana la cumbre. Lo que en otras ocasiones ha sido gran deleite contemplando cientos de cumbres, se convierte hoy en un continuo tormento, pues mientras buscamos el buzón, el viento amenaza derribarnos.

Como el tiempo apremia, buscamos la vía normal de descenso. Vana ilusión, porque la *boira* no deja ver nada. Tras varias tentativas de reconocimiento de paredes, que nos parecían factibles, desistimos, volviendo sobre nuestros pasos. Un ligero claro en la nubosidad, nos deja ver el contrafuerte que une al pico con los neveros inferiores; esto es, lo bastante para orientarnos, y por unas paredes nada fáciles hacemos el destrepe.

Como dato curioso, para los no versados en las cosas de alta montaña, diré que en esta tarde de agosto, por debajo del nevero que hay sobre la arista cimera de este pico, lo que en realidad debía de ser una pequeña cascada de agua, estaba convertida en un montón de carámbanos de hielo.

Siempre con visibilidad nula y con grandes precauciones, llegamos a un tramo vertical de la pared, donde descubrimos el vestigio de algún rápel anterior. Con alegría por sabernos en la ruta exacta, tendemos nuestra doblada, que nos conducirá a los mullidos neveros.

A base de desgastar pantalones por el nevero, descendemos rápidamente hacia el refugio de la Brecha. Una vez allí, encargamos la confección de una sopa que, con unos trozos de tortilla, comida *a manil*, ante las estupefactas miradas de los galos, nos devolverán las energías ausentes. Como Pepe, según dice él, está libre y yo algo parecido, hacemos acopio de sonrisas de Marina, esta simpática hija del encargado del refugio. Antes de que la tarde empiece a declinar, en marcha hacia Ordesa. Vamos muy deprisa, con la obsesión de pasar antes de que sea noche cerrada las clavijas, pero no lo hemos conseguido del todo y, linterna en mano, hemos de hacer las interminables dos horas a lo largo del camino forestal que conduce al valle. Una vez allí, un merecido descanso, y a la mañana siguiente otra vez hacia la ciudad. Vamos con esta alegría que se trae de la montaña, que aleja todo rictus de fatiga porque hemos conseguido olvidar por unas cuantas horas la vida normal y tediosa de nuestras ocupaciones habituales. En estas ocasiones es cuando se forjan firmes propósitos que, Dios mediante, se convertirán en nuevas ascensiones y escaladas.

3.07. Mallo Firé: primera cara Sur

Alberto Rabadá Sender

Boletín de Montañeros de Aragón, 67, enero-marzo de 1962

Por tercera vez, vamos a enfrentarnos con la grandiosa pared sur-este del Firé, el que contemplamos en aquel amanecer del día del Pilar flotando sobre el mar de nubes, lo que contribuye a darle un aspecto más impresionante si cabe. Con Navarro de compañero de cordada, avanzamos hacia el coloso, que se yergue con una vertiginosa verticalidad, dominando esbelto las laderas circundantes. Hemos preparado nuestro equipo a base de bien y en la *intendencia* incluimos un pollo con el que celebraremos el día, observando que, como el vino, también gana con la altura. Sumamos a la pesada impedimenta, aparte de la cámara fotográfica, un tomavistas con buen surtido de película, con la que pensamos *filmar* los pasos más interesantes.

Tras un rápido inventario (a ver si todo está en orden), comenzamos la escalada, que coincide con la vía de la cara oeste por el extraplomo inicial – bastante serio– y la larga travesía horizontal, por la que, rebasado un espolón, se hace difícil entenderse. Afortunadamente algunos compañeros madrugadores están al pie del mallo y, haciendo de eco, conseguimos solucionarnos.

Más tarde el grupo aumenta y, desde una cornisa, puedo contemplar a la expectación; Terror con sus agregados, que ha venido desde los *chalets* de la estación; Vidal, nuestro asesor-jefe en lo del tomavistas, y la para mí siempre

amenazadora figura de Ramón *el Galletas*, quien, cachaba en ristre, parece querernos decir que, como no tengamos ojo con la pared, lo vamos a tener que tener con él.

Abandonamos la vía Villar que, con el en estos momentos averiado Villarig, repetí hace dos años, comprobando que, a pesar de estar poco frecuentada, es una de las más interesantes de Riglos por su variedad. Desde el punto donde nos encontramos, superamos un tramo muy liso de pared compacta, donde Navarro, en el primer intento, tuvo una caída, por lo que, pasado el primer susto, sólo nos preocupamos de si Vidal, que seguía la escalada, habría podido *filmarla* con su tomavistas. Procuero desechar de mi pensamiento la caída de Navarro y prosigo el delicado paso a libre, hasta que una fisura ya conocida de las otras veces, me brinda ocasión de colocar una segura escarpia.

Continúo la fisura y, poco más arriba –al desaparecer–, tengo que bordear la panza (que muere en un paso que requiere toda la atención), hasta que alcanzo una cornisa formada por una laja semi suelta que da la impresión de ir a soltarse del todo al poner los clavos de seguro para la reunión.

Una vez ha llegado Navarro, que ha tenido que subirse la panza directamente, inicia el siguiente largo sobre mis hombros, pisoteándome a placer. En este largo evitamos, yéndonos a la izquierda en un aéreo flaqueo, la fea fisura diagonal que bautizamos *la cicatriz*, aparente línea de ataque vista desde la base, pero que a su altura se ve impracticable. Navarro desaparece de mi vista, avisándome de que sigue a libre; por mi parte, pongo toda la atención en la maniobra, pues, por experiencia de los anteriores intentos, sé que las cuerdas no corren bien, dificultando la progresión de mi compañero.

Por fin, alcanza una cornisa y recupera la *despensa*, atendiéndome a mí a continuación, que paso recuperando el material. Es bastante tarde cuando alcanzo la cornisa en la que decidimos instalar el primer vivac, satisfechos de poder aligerar en parte el pesado petate. Luego, sacándole el mejor partido posible a la estrecha cornisa, arrebujados en las chaquetas de pluma, nos disponemos a pasar la noche.

Sobre las seis de la mañana, tras haber dormido toda la noche de un tirón, prosigo, desplazándome a la derecha por la misma cornisa del vivac, hasta una panza que supero con ayuda de un pitón; sobre ella, subo en diagonal un muro bastante liso que se extraploma al final. Logro superar dicho extraplomo con cuatro malos clavos y preparo la reunión.

La siguiente tirada, a cargo de mi compañero, comienza –cómo no– a base de pisotearme los hombros; luego, en un alarde de equilibrio, supera una panza, siguiendo por un diedro descompuesto, del que hay que salirse en un difícil flaqueo. Al final de éste llega a la repisa donde dimos la vuelta en el segundo intento.

Colgado del clavo de rúpel (ivaya clavo!) estudio la continuación del itinerario desconocido desde aquí. Por encima de la panza, en cuyo borde estoy suspendido, otra más saliente cierra el paso, siguiendo un trozo de pared por la que calculo se podrá progresar más rápidamente; una tercera panza cortada por una fisura y la perspectiva achata el resto de la pared visible.

Supero los dos primeros extraplomos difícilmente (la pared no me ha engañado) y salvo el trozo liso con más facilidad. Finalmente, tengo que subir la fisura del final utilizando métodos nada académicos y, tras hacer bastante fuerza, consigo encaramarme en una repisa al pie de un muro de aspecto más fácil, por el que sube Navarro en un rápido largo de cuerda.

Nos reunimos en un rellano al pie de una panza –ipanzas y más panzas! –, surcada por tres chimeneas, a cual más fea. Tenemos que deliberar cuál ha de ser la que sigamos y cómo alcanzarla, cuando nos decidimos por la central. Después de varios infructuosos intentos de llegar a ella de frente, lo logro dando un rodeo por la derecha, sin que la cosa sea mucho más fácil, a base de paciencia y de fiarme de unos pitones más bien malos. La chimenea, salvo una sabina a la mitad en la que se nos engancha el petate, no ofrece otro problema que un *techillo* al final, el que da salida a una pared de excelente roca, lo que hace prorrumpir en exclamaciones de gozo a Navarro a medida que la va subiendo. Mi aviso de que no le queda cuerda lo sorprende en un estrecho resalte, donde visto que el día toca su fin, se decide preparar el segundo vivac.

Resulta agradable poder relajar los músculos y ceder en la constante tensión nerviosa que la escalada requiere. Veo sonreír a Navarro satisfecho mientras va trasegando cosas del petate al estómago; luego, saciados, contemplamos la aparente miniatura del paisaje a vista de pájaro, mientras esperamos el reparador sueño, que por la confusión de recuerdos no debió tardar en venir.

Al aclarar el día, nos decidimos a emprenderla de nuevo. A la rosada luz del amanecer, vemos lo que tenemos encima..., no es muy prometedor..., lo único prometedor es la dureza del día que nos espera. En este segundo tercio, la pared presenta una de sus mayores defensas con una serie de extraplomos continuados durante cuarenta o cincuenta metros. Sobre ellos, unas cornisas amplias son nuestra meta momentánea.

Tras filmar a Navarro a la salida de tan aérea *cama*, con el consiguiente desentumecimiento de músculos, comienzo la tarea. El primer largo, en diagonal a la izquierda, permite sortear los primeros desplomes, siendo en la siguiente –a la derecha–, cuando nos encontramos en medio de ellos. Deliberamos nuevamente si ir un poco más allá “a ver qué hay”, pero, ante la perspectiva de un retroceso, no queda otra solución que seguir derecho. De esta forma, momentos después, me encuentro haciendo artesanía pura a base de pitonisas, *pitoncicos* y toda la quincalla menuda que tengo, pasando un rato apurado hasta que, penduleando, me sitúo en una repisa donde descanso de la fatigosa tirada.

Otro largo queda para salir de esta segunda zona de panzas. Veo a mi compañero empezarla con un brío que queda frenado ante la imposibilidad de pitonar ni medianamente bien. Son momentos de gran tensión: sobre uno de los clavos que ha conseguido colocar, suspende un estribo..., y es al querer apurar el último peldaño, cuando se produce la caída. Todo ocurre en breves instantes. Al desprenderse el primer clavo, el segundo lo hace también, y es uno de la reunión el que aguanta el *vuelo* de él, queda suspendido unos



metros por debajo de mí, sin mayores consecuencias que un dedo magullado, el reloj hecho puré y amén del consiguiente sobresalto.

Mientras ataca otra vez, ésta con los bríos un poco mermados, le pido repita el *retroceso* al objeto de *filmarlo...*, en principio dice que sí..., que no sé qué de mi tía. Al segundo intento, hay más suerte: el clavo aguanta lo suficiente para alcanzar la parte superior del extraplomo, por el que se desplaza hasta llegar a una pequeña muesca al pie de un tramo de pared sumamente vertical de unos quince metros.

Intento dar con otra cornisa durante las dos horas de luz que quedan, pero, al no conseguirlo, nos resignamos a pasar la noche allí, organizándonos un balconcillo con las cuerdas, que supla la falta de terreno horizontal. Por otra parte, el tiempo parece que no quiere colaborar, y una fría llovizna nos hace presumir que el día de mañana no va a ser mucho mejor que hoy. Resguardados con los plásticos, contemplamos, al amanecer, todo velado por la niebla. El Pisón, con el erguido y provocativo Puro que tenemos enfrente, escasamente se destaca de las brumas que lo envuelven. Si no le da por llover recio...

Echamos mano de la última reserva de clavos que hay en el petate, ya que muchos han sido abandonados, otros rotos y bastantes han caído abajo. La escuálida *mazurca* se nutre de nuevo y, con ella en ristre, trepo por la triple hasta el punto que ayer retrocediera. Como la tarde anterior, todas mis tentativas se estrellan ante la imposibilidad de clavar y, como no me seduce la idea de empezar a burilazo limpio, decido buscar nuevos horizontes. A fuerza de artesanía y de clavos *made in circunstancias*, me desplazo a la derecha, hasta una entosta donde puedo meter un sólido pitón, que asegura la continuación de la travesía, pero, al llegar al límite de las cuerdas y del material sin encontrar una solución, regreso a la entosta donde, cansado de tanto paseo, me aseguro y recupero a mi compañero.

Si placer me causa el comerme la manzana que al llegar junto a mí, me alcanza Navarro, más todavía me causa el oír el *clic* del mosquetón puesto sobre el primer clavo que ha conseguido poner; a éste se sucede otro..., iy otro! Ya toca la repisa que esperamos salir de este agotador trozo de pared, y por ella se desplaza hacia la izquierda, hasta situarse en una buena cornisa al otro lado del espolón, en la que, a juzgar por los gritos de júbilo que da, calculo se terminan los problemas gordos (iya era hora!).

Al final de la tirada siguiente y, mientras mi compañero se acerca a mi altura, no siento otra cosa que llevar el tomavistas descargado. Es impresionante verlo suspendido de estos hilos de araña que nos unen, recortado sobre el pueblo, que se ve diminuto entre su cuerpo y la pared, por la que, con su habitual y tranquila agilidad, está trepando. Otra tirada de cuerda por unos metros de pared lisa, una corta canal con mala salida y alcanza Navarro un nido de buitres (también se buscan la casa alta estos animalitos). Nos reunimos en él, estamos cerca ya de la cima, pero la noche se nos echa encima y decidimos preparar el último vivac, pues, a pesar de la cercanía, desconfiamos de cómo estará el trozo que queda y no es cuestión de

exponerse a pasarla en un estribo, teniendo a nuestra disposición el *comfortable* nido.

El petate está ya flácido; sólo unas pocas provisiones y el material del vivac..., por la noche. Por la mañana, las provisiones las subimos puestas; alivia algo al tener que izarlo, pero, en cambio, la sensación del estómago ya no se pasa apretándose el cinturón. La última tirada es a cargo de Navarro, pues, tras los suspenses de la de ayer, temo no encontrarme en las mejores condiciones. Lo veo partir decidido por un extraplomo sobre nosotros, del que pasa a una especie de medio cono a la derecha por el que continúa en arriesgado largo a libre hasta el redondeado de la cima, de la punta No Importa.

Desde aquí, ya poco puede interesar lo demás: pasar a la Buzón y descender en rápel hasta la *glera* y, por ella hasta el pueblo, es corriente. Únicamente querría expresar nuestro agradecimiento a todos los que, aunque sólo pudiese ser con su presencia y su fe, nos animaron a conseguir esta escalada, cuya nueva vía denominaremos Félix Méndez.

3.08. Alberto Rabadá

Amelia Roy

Boletín de Montañeros de Aragón, 55, octubre-diciembre de 1998

Alberto Rabadá Sender falleció, junto con su inseparable compañero de cordada Ernesto Navarro Castán, en la Cara Norte del Eiger (Oberland bernés), un 16 de agosto de 1963. Fue, sin duda alguna, el escalador más descollante de su generación –ingresó en Montañeros de Aragón en abril de 1957; era el socio nº 1092–, una pérdida terrible para el montañismo aragonés y español. Amelia Roy, viuda de su gran amigo Rafael Montaner, nos ha escrito unas líneas que se apartan de lo habitual: un perfil humano de esta excepcional máquina de escalar que fue Alberto Rabadá.

Me piden que cuente algo sobre Rabadá, pero que no sea ni de escalada ni de montaña, pues de eso ya hay mucho escrito. En su recuerdo, que nos dejó hace tanto tiempo, y de otra persona para mí muy querida que también se fue, que convivieron y lucharon juntos día a día por aquello que querían, rebuscaré en el baúl de los recuerdos (como dice la canción) y sacaré lo que pueda.

Alberto era una persona estupenda; desde mi punto de vista de mujer, un hombre guapo, de cara angulosa, unos ojos que taladraban al mirar, boca bien dibujada bajo la sombra de un espléndido bigote del que presumía; sus manos eran grandes y fuertes. Toda su persona desprendía una fuerza especial, no sólo física, sino afectiva; reía con toda su alma de las cosas buenas o malas que le pasaban.

Venía muchos sábados a comer con Rafael, y al principio le decía que me avisaran, no para preparar más comida, que había suficiente, sino para que

preparase pan, pues no he visto en mi vida persona que untase más pan, en todo tipo de guisos. Mi marido decía: "¡Pero si éste mojaría pan en un charco!". Nada tenía de extraño verle aparecer con un enorme pan bajo el brazo cuando sabía que la comida se prestaba a ello.

No diré si era el mejor o el peor escalador de los que formaban el grupo de amigos, pero sí puedo asegurar que era el que mejor bailaba. Recuerdo un baile que hicimos para recibir a Pepe Díaz y José Antonio Bescós al regreso de la primera expedición de 1961. Estábamos en el *chalé* de unos amigos y pasábamos la noche allí, para seguir la fiesta al día siguiente. Nos pusimos de acuerdo todas las chicas en que a Alberto no le dejaríamos pasar ni un minuto sin bailar, para cansarlo al máximo; y así fue. Serían las cuatro de la mañana, cuando dormía como un leño en un rincón del jardín, momento que aprovechamos las féminas para teñirle de rubio platino su flamante bigote.

En otra ocasión, me pidió que le hiciera un pollo con tomate, que era lo que más le gustaba, pues quería marcharse a escalar a la Peña de Don Justo con una niña; y nunca mejor dicho: la niña en cuestión tenía dieciséis años. A nosotros nos parecía una tontada, pero él estaba entusiasmado. Cuando el lunes vino al taller y le preguntamos, nos dijo echándose a reír: "Nada más bajar del tren, se ha ido con un chico de su edad que nos hemos encontrado". Yo le comenté: "Está visto que no aprenderás nunca. Si te hubieras llevado una chica de tu edad, la hubieras hecho la más feliz del mundo y, encima, ella habría puesto la comida. Pero eres como eres".

Cuando vino a despedirse antes de partir hacia el Eiger, la última vez que lo vimos, su aspecto era un poco patético: llevaba el pelo muy mojado y la cara como de no haber dormido en toda la noche. Te entraban deseos de cogerlo como a un niño pequeño cuando lo sacas del baño y frotas con una toalla para secarlo bien y darle calor. Se fue, y pasó lo que pasó. Era un hombre que vivía al límite.

Hoy sus risas ya se han perdido, pero estoy segura de que cuando los dos cogieron la senda del Más Allá, cargados con todos los sedimentos que la vida había depositado en ellos, hablarían como otras tantas veces lo habían hecho. *Navarrico*, con su voz suave y su eterna sonrisa, preguntaría: "¿De qué te ríes, Rabadá?". Alberto respondería: "De la cara que pondrá el banquero vecino cuando vea que no le voy a pagar las letras que le llevé antes de irnos".

3.09. Primera de la arista Este del Aspe..., o de los Murciélagos

Manuel Ansón Navarro

Anuario de Montañeros de Aragón 1996-1997, 1997

Después de treinta y cinco años, recordar no es fácil para mí cuando el recuerdo se va convirtiendo en una visión difusa, sin el relieve determinante de los detalles que podrían dar nitidez a aquella historia sin importancia. Sólo el conocimiento de esta familiar montaña, tantas veces ascendida con posterioridad, me permite situar aquella ascensión en su lugar exacto.



Esta vez, habíamos optado por las *comodidades* del viejo refugio de Montañeros de Aragón de Santa Cristina en Candanchú, donde pernoctamos antes de abordar la arista del Aspe. En aquella ocasión, no sé porqué, no paramos en *el Ruso*, aquel tétrico caserón de piedra que un alud arrasó en uno de aquellos durísimos inviernos de antaño en que la nieve se acumulaba en cantidades que tal vez la memoria acrecenta todavía con el tiempo.

Tantas cosas han cambiado desde entonces, que no puedo evitar la evocación de aquel viejo caserón, siempre de noche, pues apenas parábamos en él para pasar la noche, con la estufa de leña que nos calentaba mientras comíamos alguna cosa, iluminados por la luz vacilante de alguna vela, en un ambiente en el que cualquier relato fantasmal encajaba perfectamente. Podéis imaginaros, sin embargo, que lo que aquello propiciaba eran las bromas más bestias y disparatadas.

Aquella tarde del 21 de septiembre de 1962, desde la estación internacional de Arañones, que entonces tenía ese carácter, subimos, como de costumbre andando, con nuestras pesadas mochilas hasta Candanchú, para descansar en el rústico refugio de Santa Cristina, que era todo un lujo en aquellos tiempos.

Decía que muchas cosas han cambiado desde entonces, pues nos faltan algunas y, sobre todo, sobran muchas otras. Faltan las que configuraban aquella montaña romántica y entrañable de la que formaban parte tanto *el Ruso* como el refugio de Santa Cristina. Sobran todas aquellas que han venido a congestionar nuestros parajes, que podíamos recorrer casi en solitario, inventando nuestros propios caminos.

De aquella ascensión que ahora recuerdo, falta sobre todo aquel formidable líder que era Alberto Rabadá. No voy a decir ahora nada que no se haya dicho de él, pero quiero que quede constancia de que del corazón, más que de la memoria, de los que tuvimos el privilegio de ser sus amigos, no desaparecerá jamás.

En la aproximación desde Candanchú al collado de Aísa, donde se inicia la arista este, pasamos por el collado del Pastor cargados con unas mochilas inevitablemente pesadas por culpa de un material más bien primitivo. Sin embargo, aunque el material lo habíamos repartido entre los cuatro, por alguna extraña razón, la mochila de Rabadá pesaba mucho más que las nuestras, sin que quisiera darnos más explicación que sus habituales bromas. Sólo antes de encordarnos, descubrimos la razón de aquel peso, pues de su mochila salió un enorme melón que pretendía subir hasta la cumbre con la mayor inocencia. Conseguimos que lo dejara allí mismo, enterrado en un pequeño nevero, para disfrutar a la bajada de aquel lujo asiático. Recuerdo el detalle del nevero, porque hoy resulta sorprendente que quedara nieve todavía en aquella fecha, 22 de septiembre, a menos de dos mil metros de altitud.

El día era magnífico y el ambiente tan disparatado por culpa de las bromas, que Rabadá, que se había encordado con Luis Alcalde, atacó la arista antes de llegar al collado, por una pared rocosa de la cara norte que le permitió acceder a la arista más arriba, por la única razón de que por allí era más difícil y por provocarnos a todos en su más puro estilo del "cuanto peor,

mejor", que en tantas ocasiones le oí repetir a grandes voces. Sin duda fue aquel tramo el más difícil de toda la escalada, que luego se fue desarrollando dentro de la más pura ortodoxia.

La otra cordada la formábamos Julián Vicente y yo, y andábamos disfrutando, provocándonos continuamente. Iniciábamos una ruta nueva cuyo mayor atractivo era precisamente éste: apenas sabíamos nada sobre la escalada que acometíamos. Conocíamos el perfil de la arista, visto desde la distancia, definiendo un itinerario lógico y elegante a la cima del Aspe, y teníamos el privilegio de poder ser los primeros en recorrerlo. Sabíamos que aquella arista era virgen.

El atractivo de lo desconocido da a cualquier ascensión un mayor valor. Todavía hoy disfruto especialmente cuando puedo ascender a alguno de los picos que todavía quedan en el Pirineo de los que apenas se sabe nada, sea por su modesta altura o por su lejanía de las rutas habituales. Por modesta que sea la ascensión, tan atractivo resulta atacar un pico, inventando tú mismo la ruta a seguir que, cuando puedo evitarlo, prefiero no preguntar antes muchos detalles y reservarme las posibles sorpresas que pueda depararme, recreándome en su descubrimiento.

Comprendo que no resulta fácil evitar el planteamiento habitual y prosaico de saber exactamente adónde vas, por dónde vas a pasar y las dificultades que vas a encontrar. Creo que es mejor que te quede alguna incógnita por despejar; de lo contrario, es como si vas a ver una buena película de misterio y algún *simpático* te priva de la sorpresa, diciéndote quién es el asesino. Hay que respetar en cada ascensión, siempre que sea posible, un componente de aventura mayor o menor. Lástima que la palabra aventura haya quedado devaluada por un turismo que utiliza ese calificativo para cualquier viaje organizado que resulte mínimamente incómodo.

Pero estábamos en la arista este del Aspe, encordados con un día excelente, disfrutando en la superación de las dificultades que la roca nos presentaba. Sería ingenuo e inútil tratar de recordar y graduar los distintos pasos de una arista que está perfectamente clasificada después de tantos años, pero sí quiero recordar ahora cómo denominamos aquel día a la aguja intermedia.

Estábamos los cuatro escaladores repartidos por la arista de manera que uno estaba en la aguja característica y, los otros, más arriba, cuando se inició uno de esos pintorescos diálogos a gritos para tratar de situarnos, y explicar a algún torpón por dónde debía ir desde la aguja "dondestastú", a la aguja "dondestanestos". Tanto repetimos lo de la aguja "dondestastú", y tanto nos reímos con aquella ocurrencia, que la conocida aguja quedó inevitablemente bautizada como Dondestastú.

Del resto de la ascensión, apenas recuerdo otra cosa que el ambiente relajado de una escalada sin verdaderos problemas. Sin embargo, por agotar mis recuerdos de aquella ascensión, hay dos apuntes que conservo en mi memoria con absoluta claridad. El primero, la carrera apresurada de una manada de *sarríos* por una amplia cornisa de los Lecherines, frente a nosotros. Siempre ha sido un espectáculo de mi predilección estas exhibiciones de

agilidad y gracia. El segundo, el hallazgo de un *edelweis* de gran tamaño en una cornisa en la que hicimos reunión. Todavía lo guardo y se conserva perfectamente, pese a que era época tardía y parecía estar un poco cansado.

Superado el torreón final, terminamos una estupenda jornada. Solos sobre la cumbre, privilegio de aquellos años, habíamos vivido un día más en aquel mundo silencioso que nos pertenecía. Pero no quiero terminar mis recuerdos de aquella *primera* sin una breve reflexión, dirigida principalmente a los montañeros próximos a mi generación. Tenemos la suerte de que la montaña, más inteligente y humana que nuestra sociedad, no nos jubila. Jubilado para la sociedad, todavía he subido muchas montañas, y pienso seguir haciéndolo.

La sociedad en que vivimos decide por ley que un día somos útiles al cien por cien y al día siguiente inútiles en la misma proporción. ¡Qué estupidez! Afortunadamente, la montaña sigue estando allí y sólo nos jubila gradualmente. Hay objetivos que ya no puedes o no debes plantearte; sin embargo, muchas cosas que antes podías hacer brillantemente, puedes ahora seguir haciéndolas bien, a base de economía de esfuerzos, técnica, experiencia y entusiasmo. Entusiasmo que ahora puede producirte actividades evidentemente modestas en sentido absoluto, pero que tú sabes apreciar muy bien desde la perspectiva de tu veteranía. El ser un *viejo montañero* me sigue resultando atractivo y explica la satisfacción que me produce ser calificado de tal, aparte de *chalado* y todas esas lindezas que dicen de nosotros. Mi entusiasmo no se ha enfriado, ya que mis modestas ascensiones de hoy las sigo valorando íntimamente en mucho.

Tengo que pedir perdón por estas reflexiones de un viejo montañero, jubilado y nostálgico, que sin duda os habrán resultado un poco solemnes, pero es que mi memoria no ha sido capaz de aportar mucho más sobre aquella *primera* de la arista este del Aspe, que bautizamos como arista de los Murciélagos. Para mí no sólo ha sido agradable revivir aquella escalada, y tantos recuerdos como han ido aflorando mientras escribía estas líneas sino que, además, han hecho despertar el deseo de repetirla. Estoy seguro de que no me faltará un compañero con quien encordarme.

3.10. Tozal del Mallo: vía de las Brujas o las brujas de la vía

Juan José Díaz Ibáñez

Anuario de Montañeros de Aragón 1995-1996, 1996

La vía de las Brujas al Tozal del Mallo, en Ordesa, fue abierta por Alberto Rabadá, Ernesto Navarro y Juan José Díaz, los días 27, 28 y 29 de junio de 1963. Recorre la pared en su parte más alta, y es, sin duda, una de las grandes rutas clásicas del Tozal.

Las brujas de la vía (1962)

Aquel 27 de junio de 1962, no lo habíamos empezado con buen pie. Primero, Navarro tuvo que quedarse en Zaragoza por unas inoportunas

anginas y ahora, por tercera vez, el coche nos dejaba tirados en la cuneta, un kilómetro antes de llegar a Sabiñánigo. A punto del infarto, veíamos alejarse al dueño del coche (un conocido de Alberto Rabadá), en busca de algún taller en el cercano pueblo. Nos costaba trabajo renunciar a la idea de hacer una nueva ruta en la pared sur del Tozal, después de casi año y medio planeando hasta sus mínimos detalles.

Sumido en mis negros pensamientos, casi no vi aparecer la furgoneta. De ella se aparearon nuestro sufrido conductor y un mecánico gordito con cara de cachondo, enfundado en algo que debía ser un mono, a juzgar por las manchas. Se metió literalmente dentro del motor y, en menos que canta un gallo, dejó aquella cafetera como si fuera un fórmula uno.

Horas más tarde, sin importarle los repechos del Cotefablo ni las curvas de entrada al Valle, nuestro rejuvenecido bóldo hacía al fin su entrada en Ordesa, con el consiguiente alivio por nuestra parte.

Dispuestos a perder el menor tiempo posible, organizamos toda nuestra impedimenta. El calor era sofocante, pero preferíamos ignorarlo. Tampoco queríamos pensar demasiado en el *costarrón* que nos esperaba, así que, apenas sin comer, emprendimos la subida. Ya casi de noche, cargados como mulos, alcanzábamos la base del Tozal, dispuestos a vivaquear en la pequeña cueva que hay al pie de la pared.

A pesar del cansancio, aquella noche me costó conciliar el sueño... ¿Cómo íbamos a subir todo el peso? Al no venir Navarro, éramos sólo dos. Sumando nuestros bultos, teníamos: dos *mochilones*, un petate de comida y agua para tres días, todo el material de escalada... y una enorme cámara de 16 mm, que Rabadá se empeñó en subir a toda costa.

Ante la nueva situación, intenté convencerle para que la dejara. Inútil pretensión por mi parte: al amigo Alberto le había entrado un repentino furor por el Séptimo Arte y, por aquel entonces, debía de estar al borde del paroxismo.

El amanecer del día 28, nos sorprendió en plena faena. Había que aprovechar las horas frescas de unas jornadas en las que el calor era el denominador común. Buscamos con las linternas el inicio de la vía, trepando en libre hasta una plataforma. Poco después, veía a mi compañero remontar el primer largo, desapareciendo como un felino en la oscuridad. Le seguí y, a continuación, iniciaba el siguiente tramo, ya entre dos luces. Alcanzando una confortable repisa, tras instalar dos buenos seguros, comenzaba a izar uno después de otro los bultos. Esta sería la dinámica para los cuatrocientos cincuenta metros en desplome que teníamos encima.

Tras una sucesión de diedros y chimeneas de roca más que aceptable, entramos en una zona de fuerte dificultad. Estábamos contentos pues, para ser nueva la ruta, las cosas iban marchando.

El tiempo, en cambio, pasaba sin darnos cuenta, y el esfuerzo continuado bajo aquel sol implacable lo empezábamos a notar. La reserva de agua había mermado considerablemente, y así se lo hice notar a mi socio, pero él estaba por encima de estas miserias terrenales. Pegado a su inseparable *Paillard*, todo lo que no fuera escalar o filmar, carecía de importancia. Irónicamente, se me

ocurrió decir que “estaba un poco harto de tanto cine”. Este comentario debió enojar a los *Dioses del Celuloide*, cuyo castigo sobre mí caería poco después.

Estaba a punto de superar un resalte, cuando empecé a notar con terror cómo la clavija sobre la que traccionaba se salía hacia fuera. En aquel momento, Alberto, completamente ajeno a mis apuros, gritaba desde abajo, mientras me filmaba: “¡Saca el cuerpo más afuera!”..., añadiendo con entusiasmo: “Esto va a ser lo mejor del reportaje”. No tuve tiempo ni de protestar. En un abrir y cerrar de ojos, todo giraba a mi alrededor en medio de un ruido de clavos y piedras sueltas. Cuando quise darme cuenta, estaba junto a él, colgando como un chorizo. Tenía las manos ensangrentadas y alguna magulladura, pero la cosa no pasó de allí. Viéndole la cara entre asustado y guasón, sólo pude exclamar: “¡Joder, qué oportuno eres!”.

Aprovechando la ocasión, hicimos un alto para comer algo. Apenas nos habíamos concedido un minuto de tregua, por lo que nos vino muy bien. Repuestos del incidente, Rabadá intentó relevarme, pero para mí era ya cuestión de amor propio y decidí continuar. Superado el resalte, escalé hasta agotar la cuerda, buscando un sitio cómodo donde asegurar. Una vez instalado, alcé la vista y –me avergüenza decirlo–, viendo lo que venía después, me alegré de no haber cambiado el orden. El siguiente tramo comenzaba con un muro extraplomado sin apenas agarres y con escasas fisuras, en su mayoría ciegas. Realmente, aquello no debía preocuparme, pues el fenómeno que tenía a mi lado era capaz de superar esto y mucho más. Tras una rápida ojeada, me *traspasó* la cámara con una sola recomendación: “Tú mira por el visor y aprieta el gatillo, lo demás ya está preparado”.

Y empezó a elevarse como si alguien le izase desde arriba. No era la primera vez que le veía actuar en situaciones comprometidas. Alberto era una máquina de escalar: resistencia, agilidad, intuición y fuerza eran elementos innatos en él. Absorto en sus evoluciones, atento a la maniobra con las cuerdas, filmaba cuando podía, sin advertir que el carrete se me había terminado... Esto nos llevaría a una pequeña bronca, a pesar de que yo ya le había dicho que tenía poco que ver con los hermanos Lumière.

Quedaba poco día y el cansancio empezaba a notarse. Los brazos se negaban ya a izar una y otra vez aquellas agotadoras cargas. Ahora, nuestro deseo era llegar a la *plaza de Cataluña*, esa gran cornisa ubicada en el centro de la pared. En el último largo, el petate se empotraba por enésima vez en una chimenea. Rabadá tiraba con todas sus fuerzas desde arriba, pero sólo conseguía encajarlo más. La solución era dejarlo hasta el día siguiente, mas la cuerda de unión entre ambos también había quedado bloqueada en el atasco. Agotados todos los recursos, ya completamente de noche, debíamos tomar una decisión. No quedaba otra alternativa que intentar llegar hasta la chimenea, a riesgo de salir nuevamente por los aires. Sin pensarlo demasiado, con la linterna entre los dientes y con más miedo que alma, recorrí aquellos interminables metros.

Afortunadamente, no fue difícil deshacer el lío. Un alarido de triunfo anunciaría que mi compañero tenía el saco en sus manos. Yo aferrado a la roca

más abajo, sólo escuchaba los latidos de mi corazón, a punto de salirse de mi cuerpo.

Vivaqueamos cómodamente en aquella inmensa cornisa, sin apenas prestar atención a la maravillosa perspectiva del Parque. La luna recién salida había inundado el valle con su luz misteriosa, pero, en aquellos primeros momentos, nuestra máxima preocupación era dar cuenta de una succulenta fritada, que mi querida cónyuge había preparado al efecto. Auténtica comida *de diseño*, con arreglo a la más moderna tecnología de entonces.

Cuando despertamos, nuestro desencanto no tenía límites: veíamos, con estupor, la imposibilidad de continuar verticalmente, ya que nos cerraba el paso un enorme techo, impracticable con los medios de aquella época. El más desconsolado era Alberto... Sin querer rendirnos a la evidencia, hicimos un flanqueo buscando el paso clave, pero la desilusión y el agotamiento habían hecho mella en nuestro ánimo, por lo que decidimos abandonar. Deseando acabar con la situación, iniciamos el descenso y, tras una serie de rápeles, pisábamos tierra firme al filo del mediodía.

Ya en el suelo, y una vez saciados el hambre y la sed en el cercano arroyo de Salarons, empezamos a ver la vida de otra manera. Fue en ese momento cuando Rabadá, recostado en la hierba y mirando fríamente al Tozal, dijo, como pensando en voz alta: "Esto está lleno de brujas". Y éste es el origen del nombre del itinerario.

Nota: Como para confirmarlo, al cabo de unos días recibimos la película revelada, con una duración aproximada de dos horas. Había un pequeño inconveniente: por error en el diafragma, salió completamente velada.

Vía de "las Brujas" (1963)

Un año más tarde, esta vez con la inclusión de Ernesto Navarro, tal y como estaba previsto al principio, llegamos nuevamente al pie del Tozal. Alcanzamos, una vez más, la *plaza de Cataluña* y, tras el flanqueo previsto en el anterior intento, terminamos la ruta, llegando a la cima cerca del espolón oeste. Quedaba rota, por tanto, la idea inicial de una vía recta, lo que, por supuesto, no gustó a ninguno de los tres.

Tan contrariados nos sentíamos que decidimos regresar para enderezar la vía. Por desgracia, un mes más tarde, aquella promesa se quedaba para siempre con mis compañeros Rabadá y Navarro, en la pared norte del Eiger.

3.11. El Firé y el Tornillo..., tras la cámara

Miguel Vidal

Anuario de Montañeros de Aragón, 50 Aniversario ascensión el Puro, 2003

Desde muy joven, siendo casi un niño, comencé a salir a la montaña. En el año 1931 ó 1932, yo ya había subido al Pico de La Munia con mi padre, que tenía muchos amigos franceses, cazadores, al otro lado de Bielsa. Así, íbamos

los dos a Le Plan, que está un poco antes de Aragnouet, y desde allí subíamos a los Picos de Méchant y de Troumouse: unas marchas fuertes que, para sorpresa de todos, no me cansaban nada a pesar de mi corta edad.

En cuanto a mi afición por el cine, se debió de originar al ver en el cine unas películas ambientadas en el Tirol, de Luis Trenker. Eran de cine mudo, pero salían unos paisajes de miedo, que eran una maravilla. Mi padre me dijo que, si aprobaba el Elemental, me compraría un tomavistas que tenían en el escaparate de Martín Chivite. Era de nueve y medio, de manivela. Ni que decir tiene, saqué el Elemental; desde entonces, me lo he pasado pipa yendo por la montaña y, cómo no, haciendo cine...

A Alberto Rabadá y a Ernesto Navarro los conocí en el club Montañeros de Aragón; enseguida nos caímos bien. Allí me contaron que iban mucho por Riglos para escalar. En esa predilección por Riglos coincidíamos plenamente: yo también lo frecuentaba. La primera vez que vi sus Mallos, fue desde el tren yendo a Canfranc, en 1935: era el *Central de Aragón*, que conectaba Valencia con París. Me pareció un pueblo muy bonito, al pie de aquellas peñas, y me enamoré de él. No tardé en conocer a los dueños de Casa Pisón: el resultado sería que, más adelante, terminé por hacerme una casa allí. Así, Rabadá y Navarro solían venir por mi casa, para ver si lograban meterme en alguno de sus *fregadillos*.

Recuerdo que, de primeras, intentaron meterme en la Peña de Don Justo, aunque con poco éxito, pues me bajé en el primer largo. Yo les había comentado que, si me colocaban en medio, a lo mejor..., pero, luego allí, ya vi que no me convencía aquello.

Con el tiempo, terminaría por filmar cuatro películas de escalada: con Rabadá y Navarro las del Firé y el Tornillo en Riglos, y la del Naranjo de Bulnes; con *Ursi* e Ibarzo, la de la Carnavalada de Riglos...

“Escalada” (Primera ascensión al espolón del Fire, por Rabadá y Navarro)

La primera película de escalada en Riglos, con Rabadá y Navarro, la titulé “Escalada”. El guión, lo preparó Ramiro Brufau, que escribía muy bien. Y el locutor fue García Camañes.

Para entonces, Rabadá había intentado *engañarme* varias veces para que subiese con ellos a filmarles durante sus escaladas. Al final, decidí explicarles cómo lo podían hacer ellos mismos: para ello, les regalé una cámara Paillard de ocho milímetros, de cuerda, que iba a dieciocho imágenes en lugar de a veinticuatro, para así ahorrar. A Rabadá le expliqué un poco el sistema cinematográfico de filmación, dándole consejos para que no hiciese barridos. De muy poco les serviría, pues esta cámara de foco fijo la chafaron en el Firé, y ahora es objeto de museo, pues sus restos los tiene Cintero en su casa...

Pero, en cualquier caso, ellos dos filmaron buena parte de la misma, motivo por el cual los puse en los créditos..., aunque me velaron muchísimos trozos. Pero lo más importante lo filmaron ellos, claro está. Después, yo hice el montaje, en el que fue preciso tirar más de la mitad del material, que no eran sino sobrantes con barridos y cosas así.

De todas formas, no fueron malos discípulos Rabadá y Navarro. Me hicieron caso en mis instrucciones: una película se filma de un modo parecido a como se hace una redacción. Y no me olvidé de añadir nociones sobre los diversos tipos de planos que se pueden tomar. De todas formas, luego había que oír cómo le explicaba todo esto Rabadá a Navarro, de un modo tan peculiar que daba verdadera risa. Una lástima que me chafaran la primera máquina...

“Siempre Unidos” (Primera ascensión al Tornillo por Rabadá y Navarro)

Desde hace tiempo, le tenía echado el ojo al Tornillo. Una noche en que Rabadá y Navarro se quedaron en mi casa para dormir, les dije que les llevaría a este Mallo, para que pudiesen explorarlo y hacer fotos. Aunque ellos pensaban ir a otro sitio para escalar, cambiaron de planes y se vinieron conmigo: en cuanto vieron el Tornillo, les encantó. Entonces, decidieron que lo subirían y que me dedicarían a mí esa vía; además, pensaban que subiese con ellos... Eso sí, les filmaría durante su escalada.

Para filmar la película “Siempre Unidos”, empleé una cámara de pilas, para cogerlos desde el otro lado mientras subían y bajaban. Lo hicimos en tres domingos, tomando lo que buenamente se pudo cada vez. Para las tomas de cerca, me subieron con ellos con una cuerda...

Recuerdo que para realizar una secuencia, les pedí que se diesen una vuelta por ahí, en tanto que yo les aguardaba con la cámara preparada para cuando saliesen por la pared, por el lugar convenido. Pero tardaban: media hora, y no aparecían. Llegué a preguntarme si no se habrían matado. Nada de eso; al rato, los vi que estaban abajo, al pie del Tornillo. Y, entre risas, me dijeron que se iban a comer, y que si quería hacer lo mismo. Yo no podía hacer nada, salvo buscar piedras para tirárselas: acabé con todas las que había a mi alrededor, pero no les di con ninguna, mientras ellos se lo comían todo, tranquilamente, a mis pies. Incluso a Ernesto, que era muy fumador, le dio tiempo de fumarse uno de sus cigarrillos. Sólo entonces me dijeron que ya subían a por mí...

La escalada fue realizada; justo después de montar la película, la pudieron ver Rabadá y Navarro, y les gustó mucho. Después, ellos se fueron al Eiger y ocurrió la triste tragedia. Por eso, con el material filmado en el Tornillo, aproveché para hacer un *play-back* y dedicarles a Rabadá y Navarro esta película, cuya vía ellos me habían dedicado a mí. Y, para que yo también saliese en esta película, un amigo del cineclub, Ferreres, me filmó después. Por lo demás, el guión era mío, si bien, la voz del comentarista no la puse yo, aunque a veces lo parece.

He de añadir que, tras su accidente, me quedé consternado, porque les había querido mucho: les admiraba sinceramente. Y eran los dos tan distintos... Una vez, le dije a Rabadá que él era la fuerza y la potencia; y que Navarro ponía más el cerebro. Pero este comentario mío no le gustó a Alberto: “Qué va, me respondió, si no lo pienso yo, no se hace...”. De todas formas, Rabadá era muy bueno; tanto, que casi le cogí miedo, de pensar adónde me podía

meter en alguna de sus escaladas, si se empeñaba en que yo les siguiese para filmar. Tal vez fuesen demasiado deprisa: *Cintero* me dijo, en cierta ocasión, que tuviese cuidado y que no me dejase *engañar* por Rabadá...

Así pues, pensando en ellos, unos magníficos muchachos, decidí rendirles un último homenaje con aquella filmación, que titulé en su honor: "Siempre Unidos".

3.12. Recuerdos

Ángel López Martínez *Cintero*

Boletín de Montañeros de Aragón, 57, abril-junio de 1999

Dedicado a tantos amigos que se quedaron para siempre en la Montaña...

Entre finales de los años cuarenta, y parte de los sesenta, Montañeros de Aragón contó con un grupo de escaladores y montañeros que protagonizaron páginas brillantes del Montañismo Español de la época, muchas de ellas en los Mallos de Riglos. En aquellos años, la juventud nos recuperábamos de las secuelas de la posguerra. Casi no tuvimos enlace con la anterior generación de Montañeros. Éramos casi autodidactas. Leíamos ávidos los escasos libros de técnica, casi siempre traducidos del francés. Los materiales y equipos al uso, por aquellos años, hoy son piezas de museo.

Nuestras salidas a la Alta Montaña, escasas y distantes, eran siempre portando en las mochilas el material y equipos muy pesados, la comida para varios días. A los escasos refugios de altura, se unía nuestra siempre *baja* temperatura de bolsillo. A pesar de todo, nada superó a nuestras primeras emociones. El descubrimiento de la gran belleza de la Montaña. Los primeros descensos en rápel. El colgarnos y superar desplomes y techos, con clavijas colocadas por nosotros, nos llenaba de ilusión.

Los Mallos de Riglos, casi vírgenes de escaladas, nos brindaron algunos tempranos triunfos. Allí, prematuramente, se malogró un querido compañero, y primer *maestro*. Poco a poco, el grupo tomaba consistencia, destacaban dos de sus componentes. Atrevidos, soñadores, tesoneros... Estaban llamados para empresas superiores.

Durante años, los roquedos de Mezalocha, difíciles y peligrosos, hermosos y embriagadores, fueron nuestro yunque. También se sucedían en nuestro hacer, cumbres de Alta Montaña, cresteríos, agujas, grandes paredes. Al principio de los sesenta, los soñadores del grupo realizaron la escalada de primeras vías de categoría Nacional. Entre sus principales conquistas, citaremos: Cara Norte del Puro, en Riglos. Espolón Sur del Mallo Firé, Riglos. Cara Oeste del Naranjo de Bulnes. Espolón del Pico Gallinero, en Ordesa. Etcétera. El mito, a nivel Nacional, aún perdura en nuestros días.

En el transcurso de estos años, habíamos conseguido también nuestras primeras ascensiones invernales, en Alta Montaña. Aristas heladas, vivacs tiritando de frío, noches de luna cramponeando heleros. Brumas y ventiscas



fueron curtiendo nuestro hacer. Al tiempo, el Eiger nos arrebató a los *maestros*. Los lloramos. Tal vez este suceso truncó la continuidad del grupo. Gracias a un amigo montañero, fotógrafo y cineasta de montaña, amateur, han llegado hasta nuestra época, espléndidos documentales filmados, quizá únicos. Que nos permiten, alejando la nostalgia, recordar sus figuras, rostros y vivencias. Gracias, Miguel.

Actualmente, metidos en años y con el apoyo de amigos, de generaciones posteriores, seguimos en el mundillo del montañismo y escalada. En Riglos, nos sentimos arropados por tantos recuerdos... Vaya también mi emocionado recuerdo a un gran amigo y enorme montañero, que se nos perdió arrebatado en los infinitos abismos del Alzheimer. Toda mi gratitud a tantos amigos, montañeros, escaladores de pared, y creyentes en nosotros, que con su aliento y colaboración, han hecho que hoy pueda deshojar este ramillete de historias pasadas.